

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

Editorial **"Alas"**



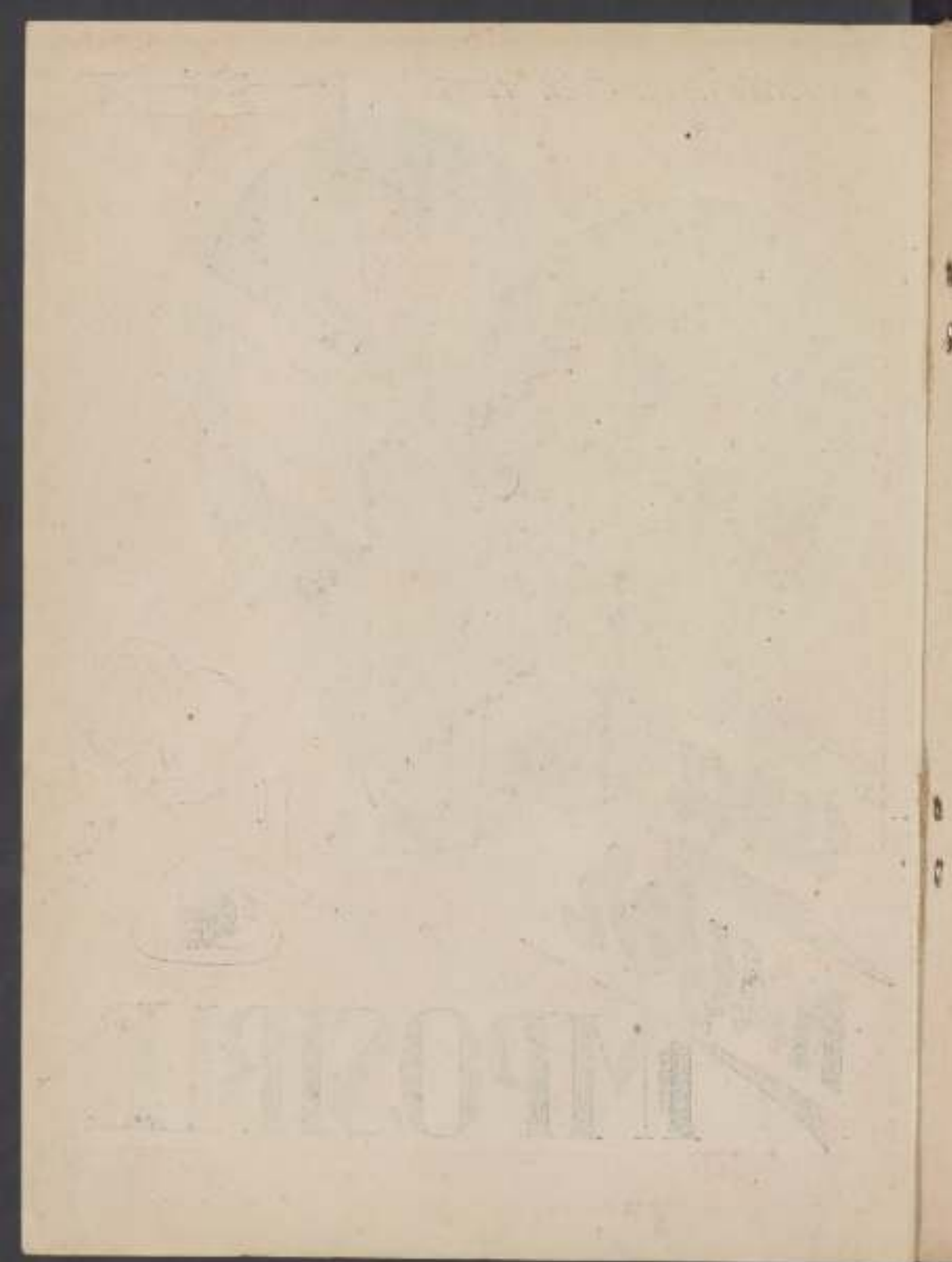
JENNY JUGO
KARL
LUDWIG DIENL

una

mujer

IMPOSIBLE







UNA MUJER
IMPOSIBLE



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 114 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70857 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Barcelona-Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA
NÚM. 47

NÚM. 309

UNA MUJER IMPOSIBLE

JENNY es una jovencita de padres millonarios, mimada, bonita, de carácter irascible y acostumbrada a hacer siempre su voluntad, por lo que resulta una mujer difícil de soportar. Pero como, además, posee talento y un carácter definido, el más leve ataque a su amor propio la hace reaccionar en sentido favorable. Aunque ello no impida que su obstinación en conseguir cuanto se propone subsista a pesar de todo

H. I. A. F.

Central:

Avenida José Antonio, 42
MADRID



Sucursal:

Consejo de Ciento, 292
BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Jenny Jenny Jugo
Hans Faber Hannes Stelzer
Doctor Brushal Carl Ludwig Diehl
con Leo Preukert, Axel Von Ambesser, Heinz Salfner,
Theodor Danegger, Josefina Dora, Hans Richter
y Eric Ode.

Argumento original de
Jochen Huth

Dirigida por
Erich Engel

Música de
Hans Otto Borgman

Fotografía de
Fritz Arno Wagner

Narración literaria de
FERNANDO DE SILVA



UNA MUJER IMPOSIBLE

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UNA PACIENTE INSOPORTABLE

EL personal de la Clínica Wolschtock está alborotado por la presencia de una paciente que ha ingresado a consecuencia de haber sufrido un accidente automovilístico. Se trata de una jovencita muy atractiva, pero cuyo carácter es imposible soportar, debido al exceso de mimos con que ha sido educada:

Cuando ingresó en la clínica fué preciso hacerle una delicada intervención en el rostro por lo que, cuando volvió en sí, ignorante de dónde se encontraba y lo que le había ocurrido, mostró gran extrañeza al comprobar que una serie de vendas cubrían su cabeza. Los gritos y exclamaciones que siguieron a este descubrimiento, hicieron acudir a la

habitación de Jenny a tres enfermeras que en aquel momento se encontraban en el pasillo. Una de ellas aconsejó a la rebelde:

—Procure estar quieta y hablar lo menos posible. Ha sufrido usted un accidente y el doctor Brushal la ha operado. Es preciso que no hable ni se mueva y así se le cerrarán antes las cicatrices.

—¿Cicatrices? ¿Qué cicatrices? ¿Dónde tengo yo cicatrices?... ¡Un espejo! ¡Pronto! ¡Quiero un espejo!

—Cálmese, señorita. Le traeré el espejo en seguida, pero cálmese.

—¡Pronto! ¡Quiero un espejo!

—Ahora mismo se lo traeré, pero le advierto que no podrá ver nada porque las vendas se lo impedirán.

—¡Que me las quiten en seguida!

—Pero, señorita. Eso es imposible.

—¡Deme inmediatamente un espejo! ¡Oh, Dios mío! Me habrán desgraciado la cara para toda mi vida.

La enfermera tendió un espejo a la enferma al mismo tiempo que volvía a recomendarle:

—Es necesario que se esté quieta.

—¿Qué doctor ha sido el que me ha operado?

—¡El doctor Brushall!

—Pues quiero verle inmediatamente.

—Ahora está en la sala de operaciones, pero tan pronto salga le avisaré.

—No; tiene que ser ahora mismo. No estoy acostumbrada a esperar.

La enfermera, que ya comenzaba a perder la paciencia, respondió amable, pero enérgica:

—Lo siento mucho, pero tendrá usted que esperar.

—¡Quiero saber qué es lo que ha hecho con mi fiscal!

Jenny continuó gritando y profiriendo exclamaciones cuando se dió cuenta de que la habían dejado sola; pero por espacio de unos minutos nadie acudió a preguntarle lo que deseaba y así consiguieron que se callara, como una niña que deja de llorar cuando advierte que nadie le hace caso.

Entretanto, en una de las antecámaras de la clínica, el padre de Jenny acompañado de un amigo, esperaba impaciente poder hablar con el doctor Brushall.

Gerardo Worlston era un hombre dedicado por entero a los negocios; continuamente preocupado por las alzas y bajas de la Bolsa, había descuidado la educación de su hija a la que adoraba y a la que consentía cuantos caprichos se le antojaban. La niña mimada se convirtió en una mujer bonita y simpática, pero que nadie se atrevía a soportar por lo irascible de su carácter. Cuando el padre se dió cuenta de la equivocación que había cometido al no atender a la pequeña Jenny como era necesario, ya era tarde para remediarlo. El, más que nadie, sufría las consecuencias de su descuido, pues le era imposible soportar un carácter como el de su hija.

El joven que acompañaba a Gerardo era un ferviente adorador de Jenny. De carácter apocado, que se advertía al primer instante al contemplar su figura esmirriada y falta de gallardía, se sometía con paciencia de mártir a cuantas extravagancias le imponía Jenny. Y aunque a veces ella en un momento de exasperación le había apartado de su lado de no muy buena forma, no por ello dejaba de presentarse Al-

berto al día siguiente en casa de su adorada no sin antes haberle enviado un artístico ramo de rosas.

Cuando Gerardo desesperaba de poder ver al doctor Brushal, pues debía acudir a una cita de negocios importante, éste apareció aún con la bata blanca y el rostro fatigado por el esfuerzo realizado momentos antes en la sala de operaciones.

El bondadoso padre demandó interesado al verle:

—Doctor, ¿cómo está mi hija?

—Mucho mejor. Pasado mañana podré quitarle ya los vendajes.

—Entonces, ¿está fuera de peligro?

—Desde luego. No debe preocuparse por ella.

—¿Y cuánto tiempo tiene que permanecer aquí?

—Unos quince días. Por mí, puede llevársela antes.

—No, gracias, gracias. Aquí, al menos, no hará ningún disparate.

—Espero que no.

—Serán quince días de tranquilidad para mí.

—Pero ¿dónde iba su hija a tanta velocidad?

Alberto repuso, ufano:

—Iba a reunirse conmigo. Yo la estaba esperando.

Al contemplar la figura irrisoria del joven, el doctor no pudo reprimir una ironía y demandó:

—¿Y para eso llevaba tanta prisa?

Una enfermera reclamó la presencia del doctor a quien esperaba un nuevo paciente y aquél se excusó:

—Ustedes me perdonarán, pero me están esperando.

Al despedirse, Alberto preguntó:

—Doctor, supongo que nos permitirá verla.

—No, de ningún modo. Lo siento mucho, pero es preciso que esté quieta y no se excite. Será preferible que vuelvan mañana.

Cuando el doctor Brushal abandonó la habitación, Alberto exclamó malhumorado:

—¡Qué hombre tan antipático! Ni siquiera nos deja visitarla durante unos minutos. La pobrecita tendrá que quedarse sola y desamparada. ¡Pobre pequeña!

El día señalado para quitarle los vendajes a Jenny, fué de gran júbilo para el personal de la clínica, en particular para las enfermeras y las ayudantas.

Veinte días pasó la chiquilla mimada en la clínica, que fueron veinte días de continuo suplicio para todos. Cuando se oían voces en una de las salas, ya se daba por descontado que era Jenny quien estaba dando gritos. Si a las cuatro de la madrugada sonaba un timbre insistentemente, ya sabían quién era la que

llamaba. Ni un solo día encontró el té a su gusto; unas veces lo servían demasiado frío, otras demasiado caliente; un día lo encontraba muy fuerte, el otro día demasiado claro; en fin, que la niña era una verdadera pesadilla y lo único que sabía hacer era oprimir el timbre cada cinco minutos en demanda de cualquier tontería que se le ocurriera. Así, pues, no era de extrañar que aquel día celebraran unas cuantas enfermeras, con una botella de champaña, el restablecimiento y la salida de Jenny de la clínica. Al alzar las copas en un brindis, se oían frases como éstas:

—¡Por que no vuelva más por aquí!

—¡Por que enmudezca de una vez!

—¡Por que nunca más la veamos!

—¡Por que me la encuentre en la obscuridad!

Luego de apurar el contenido de las copas, exclamó una:

—Os aseguro que no olvidaré esos veinte días en toda mi vida. Me han asegurado que hoy la dan de alta y creo que es un sueño.

Otra corroboró:

—Yo tampoco creo en tanta felicidad. ¿Es posible que se marche y nos deje tranquilas?

—Pues claro. ¡Y que ya era hora! ¡Brindemos otra vez!

En tanto en el primer piso las enfermeras proseguían su pequeña fiesta, arriba Jenny volvía locos a los que la rodeaban. Se había empeñado en que el doctor Brushal le quitara el vendaje y se oponía a que fuera otro doctor el que lo intentara.

—No, no; tiene que ser el doctor Brushal.

El doctor insistía:

—Señorita Worlat, ya le he dicho que está muy ocupado y que me ha encargado a mí que lo hiciera.

—Es inútil; no me convence. Tiene que ser él o no me los quita nadie.

Como el doctor intentara acercarse para comenzar su labor a pesar de las protestas de la chiquilla, ésta le mostró sus uñas amenazadora, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Atrévase y verá! Mi cara es mía y si luego le ocurriera algo, usted no me respondería de ella.

—Si el doctor Brushal tiene suficiente confianza en mí, debería usted tenerla también.

—Yo no he dicho que no le tuviera confianza a usted, pero quiero que sea él quien me quite el vendaje.

—Es que ahora no tiene tiempo.

—Pues bien; si él no tiene tiempo ahora, esperaré. ¡Yo tengo muchísimo tiempo! No tengo nada que hacer, absolutamente nada. Que no se

apresure que yo le aguardaré todas las semanas que hagan falta.

Una de las enfermeras exclamó al oír la última frase de Jenny:

—¡Librenos Dios! Voy a buscar al doctor Brushal en seguida. ¡No faltaba más!

Mientras se dirigía a la habitación de Jenny el doctor Brushal comentaba con la enfermera y con otro doctor el carácter de la paciente. Poco antes de entrar en la habitación, Jenny oyó como decía:

—Es un caso completamente imposible. Aun no me explico por qué he intervenido. Esto como mejor se cura es con una buena paliza.

El tono autoritario y enérgico en que el médico pronunció estas palabras hizo enmudecer a la chiquilla mimada que fingió no oírles, y al ver entrar al doctor cambió la expresión colérica y disgustada que se dibujaba en su rostro por otra amable y sonriente.

—¿Verdad, doctor, que me quitará usted el vendaje?

—Desde luego. Pero no crea que voy a andar con muchos miramientos. Ahora va a saber lo que es bueno.

Atemorizada ante la actitud de Brushal, suplicó ella con un mohín mimoso y amable:

—Queridísimo y bondadosísimo

doctor, ¿verdad que no me hará daño?

—Quítese las manos de la cara y siéntese.

—Tengo tanta confianza en usted...

El la obligó a sentarse con energía, sujetándola por los hombros para obligarla a que estuviera quieta y comenzó su trabajo. El practicante y la enfermera que le ayudaban miraban con ojos de asombro el rostro que iba descubriendo el vendaje. Cuando terminó la operación, dos lágrimas asomaban a los ojos de Jenny que no se atrevía a chistar.

Brushal censuró:

—¿No le da vergüenza? ¡Una chica tan mayor!— Y alargándole un espejo de mano, añadió—: Tenga... ¿Por qué no se mira? Después de la operación pidió usted un espejo.

Temerosa de hallar en su rostro alguna cicatriz que la afeara, Jenny se resistía a contemplarse en el espejo, pero al fin venció la curiosidad y lo fué acercando a su cara. Su sorpresa y alegría no tuvieron límites al comprobar que su cutis era terso y suave como antes de haber tenido lugar el accidente. Una vez hubo reaccionado de su primera sorpresa demandó, satisfecha:

—¿Y las cicatrices?

Respondió Brushal con una sonrisa un tanto irónica:

—La belleza de su rostro es lo único que le interesa en la vida, ¿eh?...

Como Jenny seguiera admirándose y palpando su rostro para convencerse mejor de lo que veía reflejado en el espejo, Brushal le advirtió:

—Tranquícese... Aun no ha perdido su naricita... Su rostro continúa igual... ¡Es maravilloso!

—¿Usted cree? —preguntó ella, coqueta.

—¡Es maravilloso!

—Me satisface.

—Tiene usted motivos.

—No tenga tantas pretensiones. Son muchos los hombres que me han dicho que soy bonita.

—¿Ah, sí? Pues le aseguro que poco me importa su belleza. Me refería tan solo a las cicatrices, a mi labor que ha resultado maravillosa. Por lo demás, no me interesa usted lo más mínimo.

Jenny no pudo reprimir un gesto de descontento y él prosiguió, enérgico:

—Eso no se lo había dicho nadie, ¿verdad? Pues ya iba siendo hora de que se lo dijiesen... Y por cierto, que aun tengo que decirle una cosa.

Puede usted estar muy orgullosa de haber obtenido un triunfo: ser la paciente más antipática de toda la clínica.

El gesto de asombro que produjo en Jenny la anterior afirmación del doctor, hizo proseguir a éste:

—Preguntará usted, ¿por qué motivo? Pues yo se lo diré. ¿Qué hace usted? ¿Estudia? ¿Trabaja?... Lo único que ha aprendido es que hay que tocar el timbre a cada minuto... A mis ojos es usted...

—...Un caso completamente imposible. Eso es lo que usted ha dicho y pienso no olvidarlo nunca.

—Ojalá sea así, porque le conviene... Buenos días.

Cuando el doctor hubo salido de su habitación, Jenny permaneció breves minutos silenciosa y pensativa meditando todo cuanto había oído y aunque le dolía haber sido tratada como una chiquilla a la que hay que reconvenir continuamente: reconoció que lo tenía merecido.

Repasó mentalmente la clase de vida que hacía desde que terminó sus estudios y la calificó de vacía y falta de sentido práctico. Por la mañana, en la cama hasta las doce o la una, según hubiese durado la diversión de la noche anterior; una vez levantada y arreglada acudía a tomar el aperitivo, luego a almorzar;

UNA MUJER IMPOSIBLE

por la tarde asistía a algún espectáculo o visitaba a alguna amiga; volvía a tomar otro aperitivo antes de la cena y luego a buscar el medio de divertirse hasta altas horas de la madrugada. En verdad que no era

una vida provechosa y digna de alabanza, sino estéril y vacía.

Frunció el ceño y apretó los labios en un movimiento suyo característico en los momentos de enfado; e hizo propósito de enmendarse.

INTERIOR DE UN RESTAURANTE

El restaurante estaba muy tranquilo. Los clientes se habían retirado poco a poco, y quedaban pocos. En una de las mesas, una mujer se estaba sirviendo un aperitivo. Ella era joven, bonita, y vestía elegantemente. Se estaba mirando al espejo y ajustando su peinado. En otra mesa, un hombre estaba leyendo un periódico. En la tercera, una pareja estaba hablando en voz baja. El ambiente era tranquilo y agradable. La música de fondo era suave y melodiosa. El servicio era eficiente y atento. La mujer que estaba sirviéndose el aperitivo se volvió a mirar al espejo y se sonrió. Ella se sentía bien y disfrutaba de su momento de tranquilidad.

En el restaurante, la mujer se estaba sirviendo un aperitivo. Ella era joven, bonita, y vestía elegantemente. Se estaba mirando al espejo y ajustando su peinado. En otra mesa, un hombre estaba leyendo un periódico. En la tercera, una pareja estaba hablando en voz baja. El ambiente era tranquilo y agradable. La música de fondo era suave y melodiosa. El servicio era eficiente y atento. La mujer que estaba sirviéndose el aperitivo se volvió a mirar al espejo y se sonrió. Ella se sentía bien y disfrutaba de su momento de tranquilidad.

CONSECUENCIAS DE UN ACCIDENTE

CUANDO Jenny, ya restablecida del todo, regresó a su casa, comenzó a poner en práctica cuanto se había propuesto. En primer lugar, se hizo a sí misma el firme propósito de no oprimir el timbre continuamente para solicitar la ayuda de los criados, como tenía por costumbre. Ello causó gran extrañeza a la servidumbre, que se preguntaba extrañada:

—¿Qué le ocurre a la señorita? Aun no ha tocado el timbre.

—Eso mismo le estaba diciendo yo al jardinero—corroboró la camarera—. No sé por qué no habrá llamado todavía.

—Algo debe ocurrirle—sugirió el cocinero—. Quizá será conveniente avisar al señor.

La entrada en la cocina del ama de llaves cortó los comentarios, pues ésta les anunció que la señorita le había encargado les comunicara a todos que no llamaría más. Gran extrañeza les causó la noticia y cuando ya repuestos de su asombro iniciaban de nuevo los más absurdos comentarios acerca de la transformación de su señorita, apareció la doncella que, pizpireta, les anunció entre risas:

—¿Queréis saber una novedad? La señorita ha dicho que de ahora en adelante se vestirá sola.

—¿Es posible? —preguntaron a coro la camarera y el cocinero.

—Sí, sí. Ahora mismo acaba de decirme lo. Además, ha dicho que se prepararía el baño ella misma.

—No es necesario que lo asegu-

res — respondió el mayordomo—. Desde luego, la señorita se ha ocupado de su baño personalmente, pero es necesario que acudas a ayudarla con la mayor rapidez.

—¿Por qué?

—No preguntes y ve corriendo, porque te necesita.

Temerosa de que le hubiera ocurrido una desgracia a su señorita, la doncella se dirigió a toda prisa hacia las habitaciones superiores. Al llegar al pasillo comprendió al momento el apremiante mandato del mayordomo, pues una cantidad abundante de agua salía por la parte inferior de la puerta del cuarto de baño. Entró apresuradamente en las habitaciones de Jenny a quien encontró tendida en la cama y medio adormilada, mientras esperaba a que se le llenase el baño, el cual no sólo estaba ya lleno, sino que el agua que continuaba cayendo del grifo se vertía por el suelo, que estaba ya completamente mojado.

Al darse cuenta de la presencia de su doncella, Jenny despertó sobresaltada dirigiéndose hacia el cuarto de baño donde pudo comprobar los efectos de su descuido. Pesarosa y como hablando consigo misma, murmuró:

—He olvidado cerrar el grifo.

Comprensiva pero un tanto irónica, sugirió la doncella:

—¿No le parece a la señorita que será mejor que en lo sucesivo le prepare yo el baño?

Durante el transcurso de aquella mañana Jenny permaneció en sus habitaciones, negándose a recibir a ninguno de sus amigos, incluso al bueno de Alberto. Y solamente por la tarde accedió a que éste la acompañara a casa de una amiga donde había sido invitada para la cena.

Nunca como aquella noche comprendió Jenny cuán inútil era su existencia ni se dió cuenta del concepto que a todos merecía su bella personita. La trataban como a una niña mimada, vanidosa y tonta a la que tan sólo puede halagársele su belleza, pues la consideraban incapaz de sostener toda otra conversación que pase los límites de lo trivial e intrascendente.

Antes de que terminara la fiesta, que precisamente fué organizada en su honor por su pronto y feliz restablecimiento, Jenny rogó a Alberto que la acompañara a su casa, ya que no podía soportar ni un minuto más la compañía de tantos jóvenes que no se preocupaban más que de los bellos rasgos de su rostro. Aquel ambiente le crispaba los nervios, como nunca hubiera podido imaginarlo.

Eran las doce de la noche cuando Jenny llegó a su casa acompañada de Alberto, su inseparable adorador,

Como ésto la viera un tanto excitada y con visible malhumor, quedóse a hacerle compañía durante unos instantes. Poca atención le prestaba ella, que aparecía muy preocupada y daba continuos paseos de un extremo a otro de la sala. De pronto, Jenny se detuvo bruscamente frente a su amigo y le preguntó de improviso:

—Alberto, contesta con toda franqueza a una pregunta que voy a hacerte. ¿Qué opinión tienes de mí? Me crees, como todos, una mujer caprichosa e insoportable, ¿verdad?

—Al contrario, querida mía. En mi opinión, eres la mujer más preciosa, atractiva, simpática y adorable que he conocido.

A medida que Alberto hablaba, ella había ido enfureciéndose, hasta el punto de que cuando escuchó la última palabra, se apoderó de un precioso jarrón que estrelló contra el suelo, exasperada y furiosa. Ya no podía soportar por más tiempo esta situación. Ella podía ser algo más que una muñeca bonita, pero era necesario demostrárselo a todos y, por lo mismo, debía adoptar una seria resolución que era preciso poner en práctica a no tardar. Mientras se hacía a sí misma estas consideraciones, había iniciado de nuevo los cortos y apresurados paseos

de antes, atropellando, exasperada, todo cuanto hallaba a su paso.

El pobre Alberto, que nada sabía de los pensamientos de su adorada, intentaba explicarse inútilmente la extraña actitud de Jenny y la inesperada reacción que sus cariñosas palabras habían provocado, por lo que callado y atónito, aguardaba en un rincón de la sala el final de la lamentable escena.

Sin preocuparse de despedir a Alberto, Jenny se dirigió hacia las habitaciones de su padre, dispuesta a hablar con él de algo que acababa de ocurrírsele. Cuando iba a penetrar, resuelta, en el dormitorio, el secretario de Worslt se lo impidió:

—El señor director está durmiendo.

—No importa. Tengo que comunicarle algo muy importante.

—Pero es que hoy está rendido, señorita; se ha pasado todo el día trabajando.

—Tengo que hablarle.

—Además, ha tenido que tomar un calmante... Señorita Jenny...

Fué inútil que intentaran detenerla. Cuando ella se proponía una cosa no cedía tan fácilmente.

—¡Papá!... ¡Papá, despierta!

Medio adormilado, Worslt murmuró:

—¿Son ya las ocho?... Preston,

póngame el balance. Sí, el balance, y la corbata negra.

—Pero, ¿qué dices, papá? Son las doce.

—¿Las doce? ¿Por qué no me han despertado antes? Tenía una reunión a las diez...

—Son las doce de la noche, papá.

—Entonces seguiré durmiendo. Déjenme tranquilo hasta las ocho de la mañana.

—Papá...

Ya desvelado, Worlston se dio cuenta de la presencia de su hija y al verla entristecida preguntó angustioso:

—¡Jenny, Jenny! ¿Qué desatino has vuelto a hacer?

—¿Lo ves? ¡Siempre igual! ¡Desatino! Es de lo único que me creéis capaz. Y luego os causa admiración que rompa las vajillas.

—Pero ¿qué te ocurre, hija mía?

—Anda, papá, ayúdame a resolver mis dudas.

—Dime lo que sea.

—Estoy harta de ser bonita. Quiero hacer algo de utilidad.

—Yo creo que ya has hecho bastante. Además, éstas no son horas de preocuparse por ello. Vete a dormir que son más de las doce.

—¿Tú también crees que lo que más me interesa es mi rostro?

—Para casarte es suficiente.

—Te aseguro que no me lo vol-

verán a decir: «¿Qué hace usted? ¿Estudia? ¿Trabaja?...». ¡A mí, no!

—Hija mía, no sé de lo que estás hablando, pero éstas son horas de dormir.

—¿No quieres aconsejarme, papá?

—Mañana; ahora déjame.

—Oye, tengo una idea. Tal vez podrías colocarme como secretaria tuya.

¡Vete en seguida, si no te deshe-
redo.

Sin preocuparse demasiado del enfado que la proposición causó en su padre, Jenny continuó, tenaz:

—Es verdad. Protección tampoco es lo indicado. Debo conseguirlo con mi propio esfuerzo para poder decirle: «Señor profesor, con que de mí decía usted que era un caso imposible...».

El padre de Jenny, fatigado por el cansancio del día, se arropó bien con las sábanas y se dispuso a continuar su interrumpido sueño. En vista de ello, la rebelde y autoritaria chiquilla se alejó de la alcoba y se dirigió a la suya, en donde, una vez a solas, continuó planeando con tranquilidad la clase de vida que se disponía a seguir.

Al día siguiente, Jenny madrugó como no acostumbraba a hacerlo y se encaminó a la Facultad de Medicina. Quería estudiar la carrera has-

ta el final y dedicarse, una vez conseguido el título, a la noble y abnegada profesión que había escogido. Al mismo tiempo, ello le permitió encontrarse con el doctor Brushal a quien demostraría que se equivocó al juzgarla como lo hizo.

Al entrar en la Facultad vió ante la ventanilla donde debían inscribir, se los alumnos, una larga cola formada por estudiantes jóvenes. Su presencia causó sensación entre el elemento juvenil, pues aunque había alguna otra muchacha esperando inscribirse, no tenía la apariencia frívola y caprichosa de Jenny. Esta miró con altivo desdén a los últimos que esperaban turno y, acostumbrada a no esperar a nadie y para nada, se dirigió decidida hacia la ventanilla y preguntó al empleado que estaba detrás de ella:

—Oígame, quisiera estudiar medicina, ¿qué tengo que hacer?

—¿No se ha inscrito todavía?

—Para eso he venido aquí.

—¡Ajá! Y ¿sabe usted lo que debe hacer?

—Eso es lo que le pregunto.

El empleado se dió cuenta de con quién estaba tratando y le indicó, un tanto irónico:

—¿Ha visto usted esa cola?

—Precisamente vengo de ella.

—¿Ve también dónde empieza?

—Sí, ¿Y qué?

—Pues colóquese al final.

Los primeros estudiantes que habían seguido con interés la anterior conversación, celebraron con alegres carcajadas la advertencia del empleado, y Jenny, molesta por las risitas, no quiso claudicar colocándose en último lugar. Paseó por el vestíbulo en actitud descuidada y sin saber por qué decidirse. En una tablilla leyó el horario de las clases de los distintos cursos y como no entendiera de qué se trataba, se acercó a un joven estudiante que en aquel instante se disponía a cambiar una orden escrita por otra. Este debería contar unos veinticinco o veintiocho años y su aspecto era simpático y agradable. Frente a Jenny, el rubio dorado de sus cabellos contrastaba con el tono oscuro de los de ella, y su figura era apuesta y arrogante. Pero nada de ello advirtió Jenny, pues no prestaba atención más que a sus propias preocupaciones, y le preguntó en tono autoritario, como acostumbraba:

—Escuche, usted que es el «pegapapeles» estará enterado de lo que deseo saber. ¿Podría decirme si el profesor Brushal da aquí sus conferencias?

—La complaceré, señorita. Primero, que el profesor no da conferencias, sino cursos; segundo, que no los da aquí, sino en el hospital,

y tercero, que esto no le interesa, señorita.

—¿Y usted qué sabe?

—Usted es del primer curso, ¿verdad?

—Sí, señor; lo soy. ¿Qué ocurre?

—En ese caso, la cirugía no es para usted. ¿Qué desea estudiar?

—Pues medicina. Todo lo que pone ahí—y señalaba la relación de las distintas asignaturas.

—¿Y quiere estudiarlo todo?

—Escogeré únicamente lo que me interesa.

—Asegurata que escogerá la clase de cirugía, con Brushal. ¿No es cierto?

—Si usted no tiene inconveniente, sí.

—¡Y a mí qué!... Pero si va usted a sus cursos y se da cuenta de su presencia, la pondrá en la calle. No

soporta ni un solo minuto a las damitas como usted.

—¿Y por qué dice usted que...?

—Lleva demasiada pintura y me parece demasiado frívola para asistir a sus clases.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Quién es usted?

Burlonamente, el joven se presentó:

—Juan Faber, estudiante del último curso. Mi profesión no es la de «pegapapeles», sino la de practicante, si es que usted lo entiende, y estoy con el doctor Brushal. Buenos días.

Cuando Juan se hubo marchado, dejando a Jenny un tanto desorientada, ésta se acercó a la cola, que ya había disminuido en forma bastante considerable y esperó que le llegara el turno para inscribirse.

MAS CONSECUENCIAS

MIENTRAS tanto, en casa de Jenny el padre de ésta y Alberto esperaban impacientes su llegada para comenzar a almorzar; pero en vista de que la chiquilla no aparecía, decidieron sentarse a la mesa. Pocos minutos haría que habían empezado a comer, cuando apareció Jenny muy satisfecha y alegre. Su padre la recriminó:

—Ni una vez tan siquiera puedes ser puntual.

—No sabía que teníamos un invitado—contestó, mirando fijamente a Alberto.

—Es que tenía que hablar con tu padre—se excusó éste.

—Le he advertido — intervino Worlat—que acostumbras a romper siempre las vajillas.

Jenny comprendió en seguida qué clase de asunto era el que Alberto había tratado con su padre antes de que ella llegara y dirigió a aquél una mirada no muy tranquilizadora, desaprobando su conducta.

El joven se excusó:

—Ya sé que hubiera tenido que esperar, pero me preocupas tanto, querida Jenny.

Ella no contestó y retirando el plato que tenía ante sí, murmuró, disgustada:

—No tengo más apetito.

El atribulado padre se acercó a su hija para decirle en tono de broma, pero conminante:

—Creo que ya es hora de que te cases y me dejes en paz.

—A mí no me hace falta nadie.

—¡Bueno! ¡Qué cosas se oyen! Decir que...

Interrumpióse al comprobar que Jaime, uno de los criados que servían siempre a la mesa, usaba tan sólo el brazo izquierdo. Sorprendido por esta nueva costumbre que él no conocía, le preguntó:

—¿Desde cuándo es usted zurdo, Jaime?

—Es circunstancial, señor. Esta mañana se empeñó la señorita en limpiar la cristalería y...

—¿Y qué?

—Que se te cayó y me herí con los cascotes—y mostró su brazo derecho vendado.

—¿Qué te parece, Jenny? ¿Tienes aún algo que decir?

—Ya lo creo. Que esta mañana me he matriculado en la Facultad de Medicina.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—La verdad. ¿Acaso yo no puedo estudiar medicina?

—Pero... ¿cómo...?

—Sí. Yo os demostraré que debéis tomarme en serio.

—¡Pero, Jenny...!—se atrevió a balbucir Alberto.

Gerardo Worslt era hombre de recursos y de iniciativas. No se arredró ante la actitud inesperada de su hija y puso en práctica una idea que se le ocurrió al instante. Requirió

la presencia del criado herido y le ordenó:

—Jaime, enseñe usted a mi hija el corte que se ha hecho.

—Pero, papá...—protestó ella.

—Le interesa profesionalmente. Vamos, quítese la venda.

—Si la señorita no le da importancia—accedió Jaime.

Jenny, temblorosa y asustada, le recordó:

—Papá, tú sabes que yo no puedo ver sangre.

—¡Quítese la venda!—ordenó imperiosamente Worslt.

—Papá, eso es tener una mala idea—siguió protestando Jenny a quien su padre tenía sujeta para evitar que se marchara.

Jaime fué quitándose la venda con cuidado y parsimonia, mientras Jenny hacía grandes esfuerzos por mantenerse serena y tranquila; pero cuando el criado dejó al descubierto la herida, la delicada jovencita notó que la sangre afluí a su cabeza y que una sensación de flojedad e inconsciencia la invadía, de tal forma que cayó desvanecida en los brazos de su padre que la sostenía, precavido.

Alberto acudió a socorrerla, en tanto Worslt murmuraba:

—¡Y quiere estudiar medicina!

Con esta sencilla pero convincente demostración creía el bondadoso

padre haber convencido a su hija, pero al día siguiente comprobó la inutilidad de su recurso. Jenny había acudido con excesiva puntualidad a su primera clase, para lo cual había abandonado el lecho a las siete de la mañana.

Fué la primera en llegar a clase. Se sentó en el lugar que encontró más a su gusto y se puso a hojear los libros que le habían entregado. Así transcurrieron diez minutos y cuando ya comenzaba a impacientarse, vió aparecer a un viejecito que con parsimonia se dedicó a arreglar los libros esparcidos por encima de la mesa del profesor. Jenny gritó para que el anciano advirtiera su presencia:

—¡Eh! ¡Oiga!

El buen hombre dirigió sus pasos hacia donde se encontraba la nueva alumna y ésta demandó:

—¿Son aquí siempre tan puntuales?

—¡Caramba! ¡Qué madrugadora es usted!

—Diga, ¿es que siempre acostumbra a llegar tarde?

—No puede decirse que sean muy puntuales.

—Entonces, ¿para qué me he levantado yo tan temprano?

—¡Es usted nueva aquí, eh? Escuche. El día que son más puntuales empiezan con un cuarto de hora de

retraso. Eso ocurre siempre porque los estudiantes van de una sala a otra y entretanto procuran comer algo... Eso me causa una gran alegría.

—¿Qué es lo que le causa tanta alegría?

—El ver que está tan impaciente por empezar. Pero ese entusiasmo suele desaparecer. Sobre todo, en las chicas jóvenes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Al principio, vienen temprano; después, a la hora justa; luego, ya vienen tarde y acaban por no volver. Eso es debido a que no tienen el suficiente interés.

—¿Y por qué supone que yo haría lo mismo?

—Yo no supongo nada. Solamente se lo advierto. Empezar es muy fácil... pero continuar... Cuando al cabo de seis años venga usted y me diga: «Matías, mire usted mi papeleta de exámenes. He aprobado el último curso. He tenido que vencer muchas dificultades, pero aquí me tienes, entonces habrá usted triunfado.

—¿Triunfado?

—De eso se trata. Créame que la satisfacción que se siente merece el esfuerzo que es preciso realizar. ¡Animo y mucha suerte, señorita!

Poco después de salir Matías comenzaron a entrar los estudiantes

en la clase y todos los barquillos estaban ocupados cuando llegó el profesor a dar su lección.

Jenny escuchó con gran atención todo cuanto explicó el catedrático y al terminar la clase habíase reforzado aun más el entusiasmo y el firme empeño que puso para comenzar y seguir hasta el final la carrera de medicina.

Transcurridas unas semanas llegó un día a su casa cargada de libros; se dirigió apresuradamente a sus habitaciones y cerróse con llave, encargando antes al ama de llaves que no la molestaran.

De codos encima de la mesa y con un libro de anatomía delante, Jenny mascullaba palabra tras palabra, esforzándose en que todas quedaran grabadas en su memoria.

A los pocos minutos de haber llegado Jenny a su casa, un mozo entregó al mayordomo un paquete enorme, de la altura de una persona y encargó se lo entregaran sin perder tiempo a la señorita. Esta lo recibió con grandes muestras de alegría y quiso que un criado lo desembalara en el mismo vestíbulo para cerciorarse de su contenido.

La cocinera y el ama de llaves ayudaron también a desembalar el paquete, pero al levantar la tapa superior de la enorme caja, la cocinera no pudo reprimir un grito de asom-

bro y seguidamente cayó al suelo desvanecida. La caja de madera contenía un esqueleto humano.

Jenny no se inmutó lo más mínimo por el desmayo de la buena mujer; antes al contrario, ello le dio motivo para demostrar sus conocimientos médicos. Una vez hubo asistido a la enferma, mandó que subieran la caja a sus habitaciones y se encerró de nuevo, dispuesta a estudiar concienzudamente.

No tardó en llegar Alberto, como de costumbre, el cual, viendo la cara preocupada de uno de los criados, le preguntó temeroso:

—¿Ocurre algo nuevo?

—La señorita se ha encerrado en su habitación y no hace más que hablar en latín.

—¡Dios mío! ¿Qué nueva idea se le habrá ocurrido?

—También han traído una carga de cuadernos y libros y con ellos un misterioso paquete. Era tan alto como usted y hacía un ruido como de huesos que crujen... No sé lo que habrá ocurrido, pero la cocinera ha sufrido un ataque de nervios.

—¿Y la señorita Jenny?

—Le dió un narcótico a la cocinera y después ordenó que subieran el paquete a su habitación. La pobre cocinera no ha vuelto en sí todavía, y la comida está sin hacer.

—¡Eso es terrible!

—Y no es lo peor. Desde que a la señorita le ha dado por estudiar medicina, toda la servidumbre se encuentra mal.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Después de diagnosticar, ha recetado cosas mortales de necesidad.

Alberto no quiso oír más y subió a toda prisa las escaleras que conducían a la habitación de su adorada. Antes de entrar, escuchó la voz de Jenny que murmuraba:

—Apéndice, apendicitis, peritonéo, peritonitis, pleura, pleuritis... ¿Quién es?—preguntó al oír que llamaban con los nudillos en la puerta.

—Soy yo, Alberto. ¿Puedo entrar?

—Adelante.

Cuando Alberto penetró en la habitación se detuvo en la entrada, atónito y asombrado ante el espectáculo que se ofrecía a su vista. Jenny estaba al lado de un esqueleto humano al que parecía contarle todos los huesos a medida que leía un libro que había colocado encima de la mesa.

Al notar la expresión de espanto de su adorador, Jenny soltó una carcajada, al mismo tiempo que exclamaba:

—¿Qué te pasa? Ven, Alberto, quiero presentarte a mi amigo el esqueleto. Se llama Julio y no muere. Estréchale la mano... Es un pre-

cioso ejemplar. Puedes estar contento si por dentro estás así.

—¿Es interesante! ¡Hay que ver la de huesos que tiene!

—Pues tengo que aprenderlos todos de memoria.

Alberto se agachó para recoger un libro que había caído al suelo y sin querer hizo un movimiento brusco que le obligó a llevarse la mano a la espalda. Todo ello al mismo tiempo que a Jenny se le ocurría advertir:

—Lo fácil que es romperse cualquier hueso... un pequeño movimiento en falso y adiós espinazo.

—Al menos no lo digas cuando se inclina uno—protestó él.

—Medicinalmente, estás de continuo con un pie en la sepultura... Dime, ¿a qué venías?

—Era imprescindible que hablase contigo.

—Dime, ¿qué te pasa? ¡Estás muy pálido!

—Hace tres noches que no logro dormir.

—¿Por qué será?

—Sobre eso quería hablarte.

—¿Acaso padecerás del corazón?

Alberto se dejó influenciar por la incierta pregunta y demandó, aprensivo:

—¿Y será grave?

—Primero tengo que tomarte el pulso... No me gusta mucho.

—Pero si es natural.

—Muy insano. Esto tiene que cambiar.

—Jenny, sólo depende de ti. Yo siempre he querido preguntarte...

—¿Sabes lo que debes hacer?... Tomar bromuro antes de acostarte y pon los pies en agua fría. Es un remedio excelente.

Antes de que Alberto pudiera protestar un criado pidió permiso para entrar en la habitación y comunicó:

—Perdón. El señor director pregunta por la señorita.

—Voy en seguida... ¿Qué, Luis, cómo van esos dolores?

—Es algo muy extraño, señorita. Cuando no pienso en ello no noto nada, pero en cuanto me acuerdo de la señorita, todo el cuerpo me duele.

—No importa. Lo principal es que descubramos lo que usted tiene. Mientras se dirigía hacia el despacho encontró en el pasillo al ama de llaves que con voz misteriosa advirtió:

—Señorita, su padre vuelve a tener la cara roja.

—El caso de papá tengo que estudiarlo... Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Desde que la señorita me ha dicho las muchas cosas que nos pue-

den pasar, un día me duele aquí y otro día allá.

—Eso no es nada. No olvide que a su edad la muerte es una cosa natural.

Después de haber hecho advertencia tan consoladora, se adentró en el despacho de su padre, quien la esperaba con el ceño fruncido y con cara de disgusto. Sin darle siquiera tiempo a que se acercara, preguntó:

—¿Qué has dado a la cocinera?

—Lo que he encontrado, papá. Una dosis de bromuro. Quizá un poquito fuerte.

—¡Un poquito fuerte!

—La tonta se asustó mucho, sólo porque vió mi esqueleto.

—¿Tu esqueleto?

—Sí, Julio. ¿Quieres que te lo enseñe?

—¡No! En esta casa no se comerá hoy por culpa de él. ¡Lo tiraré por la ventana!

—Pero, papaito...

—Estoy ya harto de tanta sandez. ¡Esta es una casa de locos!

—Siéntate, papá, y no te sulfures. Procura respirar hondo.

—Todo durará hasta que un buen día estalle.

—No tendría nada de particular. Esto es veneno para ti—dijo refiriéndose a unos fiambres que con-

tenía una bandeja colocada encima de la mesa—. Tienes que despedirte para siempre de estas cosas. Voy a ponerte a dieta. Quizá seas diabético o tengas alguna afección al hígado. Pero no hay que apurarse, todo se arreglará. De algo ha de servirte tener una hija que estudia medici-

na... Ahora te dejo porque tengo que visitar a la cocinera.

Cuando Jenny desapareció, Gerardo miró desalentado a Alberto y le encargó:

—¡A casarse tocan, jovencito! Y aprisita, porque si no va a enterrar-nos a todos.

OTRA VEZ «EL»

AQUELLA mañana el doctor Brushal estaba indignado contra sus discípulos. Habían asistido a una operación un tanto delicada que efectuó el propio doctor ayudado por Faber—el joven a quien Jenny confundiera con el bedel—y dos de sus alumnos no habían resistido la impresión que les produjo ver la acción del bisturi y habían tenido que abandonar el quirófano por temor a desvanecerse.

Cuando el doctor Brushal abandonó la sala de operaciones, se lamentaba a su ayudante:

—Es increíble cómo caen. ¿A quién se le ocurre desmayarse al ver el interior de un ser humano! Faber, ¿hay algo más grande que

unas vísceras al descubierto? ¡Grande e instructivo!

—Es verdad, señor profesor.

—Encierre a sus colegas en la sala de disección para que se acostumbren a la realidad. ¿Qué dirá el paciente de estos estudiantes?

—El no lo ve, profesor.

—Si el éter no huele a rosas, nadie les obliga a entrar. Mis cursos no son para niños delicados. Que no lo olviden.

—¡Menos mal que no había ninguna dama!

—El sexo bello sólo acude una vez, a no ser alguna excepción. ¡Ah, Faber, usted no conoce todavía a las mujeres! O son unas lindas muñecas incapaces de nada útil, o son inteligentes y no hay quien las soporte.

Al ver que Faber recogía unos libros y se disponía a estudiar, Brushal le preguntó:

—¿Qué, cómo van esos estudios?

—Este año terminé la carrera.

—Trabaja demasiado, Faber. Da clases; los exámenes; trabajos extras; me ayuda a mí, y además, el doctorado.

—Tengo que graduarme, profesor.

—¿Come usted bien?

—Mi salud es excelente.

—¿Preocupaciones?

—En absoluto.

Señalando la parte izquierda del tórax, prosiguió:

—¿Y éste?

—No hay peligro. No me interesa nada.

—¡Bah! Algún día caerá, desgraciadamente. Contra el amor y el resfriado, sólo hay un remedio: pies calientes y corazón frío. Y no es suficiente.

Faber sonreía mientras escuchaba las apreciaciones de su profesor, y éste continuó, haciendo una transición:

—Bien, váyase a comer, que ya es hora.

—Sí, profesor.

Como Faber siguiera poniendo en orden unos análisis y no pareciera dispuesto a salir, el profesor insistió:

—Le he dicho que se vaya a comer. Y algo caliente; no bocadillos. No quiero ayudantes que tengan el estómago mal... ¿O es que se le terminó el dinero?

—Pero, señor profesor...

—Si no lo tiene, lo pide. No lo voy a adivinar.

—Pero, profesor, escuche...

—Pues no faltaba más. El que trabaja debe cobrar— y así diciéndole le alargaba unos billetes.

Después de agradecer al doctor que hubiese recordado entregarle sus honorarios correspondientes a aquel mes, Faber se dirigió hacia un modesto restaurante, situado no lejos del hospital, donde acudían buen número de estudiantes a almorzar.

Cuando penetró en el amplio comedor, comprobó que casi todas las mesas se hallaban ocupadas, por lo que buscó algún rostro amigo con quien cenar en la misma mesa. En un extremo del comedor divisó a Jenny que por lo visto hacía poco que había llegado y esperaba la sirviera. Se acercó a ella y después de haber solicitado su permiso, se sentó en el extremo opuesto al que ocupaba Jenny. Esta parecía impaciente y le preguntó:

—¿No tienen carta aquí?

—¿No nos hemos visto antes?

—preguntó él por toda respuesta.

—Sí. Soy la del curso primero.

—¡Ah, ya me acuerdo. ¿Qué, ha escogido usted lo que le interesa?

Faber se refería a los estudios, pero ella fingió no comprender la alusión y a su vez preguntó:

—Acabo de preguntarle si tienen aquí carta.

—No; aquí sólo tienen garbanzos con tomate, pero si lo pide, quizá le frian alguna salchicha.

El camarero se había acertado a la mesa y Jenny pidió muy digna:

—Traigame garbanzos con tomate.

—Es necesario que esté muy hambrienta para que se decida a comer ese plato.

—Creo que no es para menos después de haber estado explicando fisiología, química, anatomía, laboratorio...

—Como una verdadera estudiante.

—Pues ¿qué se figura? ¿Que sólo vengo a buscar una distracción?

—¿También ha estado en clase con Brushal?

—No. ¿Por qué?

—Allí ya cambiará de modo de pensar.

—¡Bah! No vaya a creer que me asusta. Ya he sufrido una intervención quirúrgica.

—Apendicitis, ¿no?

—No. Aquí, en la cara. Mire. La hizo Brushal en persona.

Como Jenny se emocionara un tanto al hablar del profesor, Fafer bromeó:

—Esos casos los conozco. Alta presión arterial cuando se acuerda de él, grandes palpitaciones cuando se le menciona y alteración del pulso al oír hablar de lo que se refiere a su aula.

Mientras los dos comían los garbanzos que les habían servido, él le aconsejó:

—Si quiere que le dé un buen consejo, señorita, ahorre el dinero de los cursos. Para los exámenes, ese interés no basta, y para Brushal casos como el suyo son completamente imposibles. Adiós, y que coma a gusto.

Cuando Faber se hubo marchado, a Jenny le fué imposible tomar un bocado más. Le dolía la forma en que había sido tratada y el concepto que le merecía, a pesar de constarle que estudiaba y hacía, por lo tanto, algo de provecho. Se levantó despacito y fué caminando en dirección al hospital en cuya entrada encontró a numerosos estudiantes, los cuales formaban distintos grupos que hablaban y discutían entre ellos. Por el contrario, Jenny se hallaba sola, como de costumbre, y nadie se acercó a ella ni tan siquiera para saludarla.

Triste y preocupada, se dirigió

hacia una de las aulas en donde encontró al viejo Matías que la saludó afectuoso:

—Buenas tardes, señorita Jenny. ¡Cuánto me alegra verla!

—Hola, Matías.

—¿Qué le ocurre?

—Que estoy siempre sola, Matías. La verdad es que usted es el único atento aquí conmigo.

—Eso no lo creo. Me parece que está equivocada. ¿Acaso son algo activos con usted? No haga caso. Piense que el verdadero diamante debe ser antes pulimentado.

—No. Nadie se preocupa de mí. Todos me tratan como a una extraña. Todos tienen sus amigos, menos yo.

—Sí, señorita. Pero compéndalo, o pertenece usted a esto y se amolda a este ambiente o se queda fuera. Fijese usted en ellos. Están tan unidos como una gran familia, y tienen un orgullo, señorita, un orgullo que aun les realza más. ¿Y sabe usted por qué? Porque han trabajado muchísimo. Haga usted igual que ellos, no abandone la lucha. Teniendo voluntad, todo se consigue. Es indiscutible que lo que vale cuesta mucho de obtener.

Un profesor requirió la presencia de Matías y otra vez quedó sola Jenny meditando lo que acababa de escuchar.

Dos estudiantes con ganas de broma, que acertaron a pasar por la clase, se acercaron a Jenny dispuestos a trabar conversación con ella. El más atrevido le preguntó:

—La hemos visto hablando con Matías. ¿Acaso quiere usted ir a vivir a su pensión?... Es mejor que no lo haga. Yo le recomiendo la mía. Tiene hasta baño.

—La mía también, gracias—y salió de la clase en dirección al pasillo.

Uno de ellos la detuvo.

—¿Por qué tanta prisa? Deje que la admiremos. Ya teníamos ganas de ver una condiscípula tan preciosa.

—Pues estoy en las clases a todas horas.

—¿Qué bromista! ¿Y tiene humor de ir a una y otra clase? Es muy aburrido.

—La única interesante es la de Brushal—intervino el otro.

—En ésa se divierte uno—continuó el primer estudiante—. Es un gran hombre. ¿No ha estado usted en ninguna de ellas, señorita?

—Creo que a los del primer curso les está prohibido asistir a esas clases.

—¿Prohibido? ¡Qué gracia! Aquí disfrutamos de completa libertad. Puede usted ir adonde le plazca.

Tendremos sumo placer en acompañarla.

—¿No tienen ustedes otro sitio más interesante donde ir?

—Con mucho gusto. Podemos ir a psiquiatría. Nos divertiremos... Nervios y cosas raras, ¿comprende? Tratan con locos. Es un verdadero manicomio.

—Entonces no les quiero entretener ni un minuto más. Es allí donde tienen ustedes que ir.

La inesperada respuesta de Jenny dejó atónitos a los dos estudiantes que pretendían entretenerse con la joven y ésta aprovechó la momentánea inmovilidad de sus condiscípulos para dirigirse sin compañía de nadie hacia el aula donde daba clase el doctor Brushal.

Eran varios los estudiantes que acudían asiduamente a las clases del profesor, por lo que Jenny pasó inadvertida entre ellos.

Faber dejó encima de la mesa, por orden de Brushal, un paquete que éste descubrió ante la mirada curiosa de sus discípulos, a quienes preguntó:

—Vamos a ver; ¿qué es esto? No tengan miedo, acérquense. ¿No lo han visto hasta ahora? ¿Les es completamente nuevo?... Es decir, que nadie se atreve a dar su opinión... Les advierto que en lugar de pensar

tanto, es mejor tener los ojos abiertos.

Jenny permanecía quieta en último término, pero como sea que le aguijoneaba la curiosidad, decidió adelantarse para ver de qué se trataba.

Su presencia causó gran extrañeza en Brushal que comentó en alta voz:

—Miren, allí hay una damita que nos honra con su presencia. No la he visto nunca por aquí... Señorita, ¿quiere usted hacer el favor de acercarse?

En tanto ella se acercaba con paso lento e indeciso hacia la mesa del profesor, Faber comunicaba a éste en voz baja:

—Yo la conozco.

—¿Ah, sí?

—Es del primer curso.

Brushal, que desde el primer momento había reconocido a Jenny, preguntó intrigado:

—¿Seguro que es una estudiante del primer curso? ¿Desde cuándo?

Pero ella había llegado ya hasta donde se hallaban el profesor y Faber y éste último no se atrevió a dar más detalles acerca de la joven.

—¿Conque usted estudia ahora medicina!—demandó un tanto irónico Brushal.

—Hago el primer curso.

—¿Quisiera usted explicarnos el

verdadero motivo que le ha impulsado a estudiar?

—Sencillamente, porque me interesa la medicina.

—¡Ah! ¿Le interesa?... Bueno... ¡Mucho mejor! No olvide nunca la enorme importancia de esta ciencia.

—No, señor.

—Sabrá usted ya muchísimas cosas de medicina.

—¿Cómo no?

—Bien. Entonces nos podrá explicar lo que es esto. Ande, hágalo.

Como algunos estudiantes rieran haciendo comentarios entre sí, Brushal les advirtió:

—No se rían. Como médicos, tendrán ustedes que oír cosas muy diferentes antes de determinar la dolencia.

Jenny miraba con recelo una masa violácea que el profesor le señalaba y no se atrevía a emitir su opinión, aun cuando estuvo dos o tres veces a punto de hacerlo. El profesor la animó:

—¿No sabe lo que es?

—Pues... se parece un poco... y además huele a hígado de cerdo.

—Señores: se sorprenderán. En realidad es hígado de cerdo; un kilo de hígado comprado en la carnicería. Y es por ello que vuelvo a advertirles que piensen ustedes con exceso en vez de tener más vista.

Recuerden que lo esencial de un doctor es tener vista. Un diagnóstico tan sólo tiene algún valor cuando es exacto. Señores, que esto les sirva de lección.

Entretanto, los practicantes y las enfermeras habían dispuesto lo necesario para proceder a una intervención que debía efectuar el doctor Brushal ante los alumnos. Cuando éste ordenó que entraran al paciente para comenzar la clase práctica, Jenny hizo ademán de marcharse, pero la voz autoritaria del profesor se lo impidió:

—¡No se vaya! Se ha ganado usted un puesto de honor, señorita.

Ella accedió a quedarse en la sala, satisfecha por la atención que le dispensaba el profesor, quien advirtió antes de comenzar la intervención:

—Si ahora es necesario que vuelvan a ver ustedes un cuerpo abierto como esta mañana, recuerden siempre que un hígado es un hígado. Para eso lo he traído hoy aquí. Suplico a todos que tengan la máxima fortaleza.

Después de esta advertencia, el profesor comenzó su labor ante la expectación de todos los allí reunidos. Desde un principio, Jenny se sintió desfallecer y no pudiendo soportar la impresión que el espectáculo le producía, abandonó la sala con paso inseguro.

U N A M U J E R I M P O S I B L E

Faber, que había estado observándola, fué a su encuentro.

—¿Necesita usted algo? Ya le había advertido. Al principio suele ocurrir eso a todos, pero luego se acostumbran.

—Yo jamás me acostumbraré. Será inútil. Me avergüenzo de mi cobardía.

—Vamos, olvídelo ya. Piense en cosas alegres.

—¿En qué voy a pensar?

—¿Qué sé yo! En todo lo que le guste a usted... Automóviles, tenis, bar. Es todo lo que puede encerrar esa cabecita... O quizá será mejor que piense usted en él.

—No pienso en nadie porque no existe ese xéla.

—¿Aun no se ha enamorado?

—Eso no le interesa a usted.

—Pues no es usted fea.

—Pues usted para mí no es más que un muñeco, ¡un muñeco! ¡Un muñeco!

El enfurecimiento de ella hacía sonreír a Faber.

—¿Cuenta los adoradores por docenas, verdad?

—¿Qué culpa tengo de que me sigan todos?

—¿Acaso cree que le estoy haciendo el amor?

—¿Por qué le interesa entonces saber si tengo o no admiradores?

—Yo sé, como todos, que usted vino aquí a pasar el tiempo, a curiosar y a pretender que todos la admiren. Pero de ese modo ha conseguido que la aborrezcan. No espere que nadie le haga caso.

—¿Y por qué me ha seguido cuando sali del quirófano?

—Para poder socorrerla, si lo necesitaba.

—¿Ah, sí? Pues siéntese y espera. Átiva y con paso apresurado se alejó de allí.

JENNY APRECIA LO QUE ES UN COMPAÑERO

CUANDO más atareado se hallaba el doctor Brushal en su despacho del Hospital, una enfermera le interrumpió en su trabajo para enterarle:

—Un señor desea hablar con usted urgentemente.

—¿Qué es lo que quiere?

—No lo sé. Está excitadísimo. Dice que es usted el causante de todo y que le va a ajustar las cuentas.

—¿Quién será?

—No le he visto nunca aquí, doctor.

—Bien. Digale que se vaya quitando la ropa que voy ahora mismo.

El señor que deseaba ver con tanta urgencia al profesor no era otro sino el padre de Jenny, el cual esperaba, indignado, poder decirle

unas cuantas palabras al doctor Brushal.

Siguiendo las instrucciones recibidas, la enfermera comunicó a Faber que un paciente esperaba ser visitado por el doctor y que éste había ordenado que aquél fuera quitándose la ropa mientras él acudía. Así, pues, Faber se adentró en la sala donde esperaba Gerardo Worst y le indicó muy amablemente que hiciera el favor de quitarse la chaqueta y la camisa, pues el doctor llegaría en seguida.

Cuando el banquero escuchó el requerimiento, su exasperación fué en aumento y gritaba enfurecido:

—¡No pienso desnudarme! ¡De ningún modo! Soy el hombre más sano del mundo.

—No quisiera insistir, pero...

U N A M U J E R I M P O S I B L E



Mientras se hacia a sí misma estas consideraciones



El doctor no pudo reprimir la ironía y demandó:
—¿Y para eso llevaba tanta prisa?



Temerosa de hallar en su rostro alguna cicatriz que la afeara...

U N A M U J E R I M P O S I B L E



Dos estudiantes con ganas de broma se acercaron a Jenny...



Cuando el doctor hubo salido de su habitación, Jenny permaneció silenciosa...



Jenny y Juan se encontraron frente a frente.



Mientras se dirigía al despacho de su padre...

U N A M U J E R I M P O S I B L E



—¿No será mejor que antes se pongan de acuerdo?
—preguntó ella.

—Un momento, señorita. Aun desearía oír más.



—¿Creen ustedes que estas son horas?...



—¿Qué? ¿Cómo ha ido ese examen? —preguntó el doctor Brushal.

U N A M U J E R I M P O S I B L E



... se acercó a la cama y
se dispuso a efectuar una
pequeña intervención...

Casi seguro del cariño de
Jenny...



—Con sinceridad, doctor, ¿ha sido usted feliz?

—Pero ¿es que me toman por loco?

—De ningún modo.

Se abrió entonces una de las puertas que comunicaban con la sala y apareció el doctor Brushal, quien recibió con amabilidad al padre de Jenny.

Por el contrario, Worslt, que dirigía miradas retadoras a Faber y también al profesor, exclamó, alzando la voz más de lo acostumbrado:

—Sepa usted que en mi vida he estado enfermo. Ni siquiera he tenido el sarampión. Y ahora, de pronto, quieren ustedes que...

—Apacigüese. ¿Quiere usted decirme primero...?

—¿De lo que se trata? ¡Pues de mi hija! Usted la operó hace unos meses. ¿recuerda?

—Sí.

—Veo que lo recuerda. Desde entonces no hay quien la aguante. Le dijo usted que no servía para nada, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¡Pues no sabe usted la zapa-tista que ha armado. ¡Lo que se le ocurrió a usted decirle! Yo antes vivía tranquilamente en mi casita, pero ahora no hay quien pueda vivir en ella. Me trae un esqueleto; la cocinera se marcha; los criados tienen toda clase de males... ¿Y quién

es la autora de tantas desgracias? ¡Mi hija!

—Sí, pero...

—Además, mis cigarros desaparecen, el vino me lo esconde. Hasta me ha hecho un diagnóstico. ¡Y dice usted que no me excite!

—¿Puedo saber lo que le dijo?

—Que padecía una afección grave en el hígado.

—Un momento.

El doctor se acercó a Worslt y le miró detenidamente en los ojos. El color amarillento y como verdoso de éstos le confirmó la sospecha que le invadiera al contemplar con detenimiento la alterable y enfurecida condición del banquero, por lo que afirmó:

—Pues está bien.

—¿Qué es lo que está bien?

—El diagnóstico de su hija. Ha adelantado en tan poco tiempo... ¿Y decía usted que estaba sano?

—Señor profesor... Lo estaba... Yo...

—Sí, claro. Hasta que a su hija le dio por dedicarse a la medicina. Debería estarle agradecido. Pero de todas formas, trataré de tranquilizarle.—Llamó a su ayudante—: ¡Faber!... Si vuelve usted a ver a aquella señorita del primer curso, díga-le que necesito hablarle.

Worslt no escuchó con demasiada atención lo que el doctor le estaba

diciendo a su ayudante, pues parecía preocupado por la dolencia que había ignorado hasta entonces le aquejara.

Brushal, ya en el cumplimiento de sus deberes, ordenó:

—Bueno. Vamos a ver. Tenga la bondad de desnudarse.

—Es que yo...

—Es por su propio bien, créame.

Worlist obedeció a regañadientes, mientras murmuraba:

—En cuanto llegue a casa me las pagará. Esta no la olvido.

Cuando Gerardo Worlist salió del Hospital había llegado a dos conclusiones: la primera, que desde luego estaba enfermo y no se explicaba cómo su hija pudo adivinar de qué se trataba; y segunda, que le era imposible continuar soportando por más tiempo el comportamiento de Jenny. Así que, cuando llegó a su casa, requirió la presencia de su hija con la que sostuvo una larga y discutida conversación. De ella resultó que a la mañana siguiente la aplicada estudiante hizo preparar sus maletas, que no eran más que nueve, y dos baúles, además del cofre donde guardaba a Julio, el esqueleto, y se dirigió alegremente hacia la pensión del viejo Matías.

La casa donde habitaba el anciano bedel del hospital era muy modesta y reducida, lo mismo que las

habitaciones que alquilaba a los jóvenes estudiantes.

Cuando Matías vio llegar a Jenny tuvo una sorpresa muy agradable y así lo demostró:

—¡Qué alegría verla por aquí, señorita Jenny!

—He venido a alquilar una habitación.

—¡Bah! Está usted bromeando.

—No, no: se lo aseguro.

En tanto, el chofer del taxi había ido descargando maletas y más maletas hasta dejar en el suelo nueve de ellas que componían parte del equipaje de la estudiante. Fue entonces cuando Matías comprendió que Jenny no bromeaba, y llamó a su mujer:

—Ven, Enma. La señorita desea una habitación.

Al ver el porte elegante y el voluminoso equipaje de la señorita, Enma preguntó:

—¿No se habrá usted equivocado de casa? Las habitaciones son muy pequeñas y con tanta maleta...

—¡Ah, éstas son las pequeñas! Aun traerán otras dos.—Dirigiéndose al chofer, le ordenó:—¿Quiere subirlas todas a mi habitación? Usted le acompañará, ¿verdad, Matías?

—¿Pero se va a quedar la habitación sin verla antes?

—¿Y por qué no? No tengo nin-

gún sitio adonde ir. Mi señor papá ha tenido la gran idea de echarme.

Habían ido subiendo y al llegar a la habitación la dueña insistió:

—Es muy pequeña.

—No importa. La encuentro muy bonita. Aquí me quedo.

—Pero, señorita, ¿por qué la ha echado de casa su señor padre? No tendrá usted ningún novio, ¿verdad?

—No, señora. No se preocupe. Es que mi padre padece del hígado y quiere que renuncie a mis estudios de medicina; ¿haría usted eso?

—¿Qué tiene que ver ello con el hígado?

—El dice que sufre del hígado por mi causa y que o me volvía juiciosa o que... En fin, que aquí me tienen... Les voy a dar una lección, señor Matías. Usted comprenda que yo también tengo orgullo.

—Sí, pero yo no sé si esto es lo indicado para usted.

—¿Por qué? Ahora soy tan pobre como cualquiera. Mi padre ha decidido desheredarme.

Enma se apresuró a indagar:

—Eso sí que es una tragedia de familia. Pero nos pagará la pensión, ¿verdad?

—No seas así, Enma—terció el marido—. ¿No ves que hay otros problemas?

La esposa del bedel marchó escaleras abajo para atender a su coci-

na y cuando quedaron solos, Jenny preguntó a Matías:

—¿No le parece que he hecho bien?

—¡Yo qué le voy a decir!

—Ha olvidado lo que me advirtió cuando le conocí: «El triunfo no se consigue sin lucha».

—Sí, si usted sabe lo que quiere.

—No lo sé. Pero sé lo que no quiero. Hay algo que nunca toleraré: que se rían de mí. Demostraré a todos lo que sé y lo que valgo. Ya verán de lo que soy capaz.

Quedó pensativa unos instantes, urdiendo en su imaginación proyectos que se proponía llevar a cabo, y como Matías se dio cuenta de ello, se alejó discretamente.

Aquella tarde la pasó arreglando, como le fué posible y desde luego suprimiendo maletas, la reducida habitación en la que iba a habitar desde aquel momento.

Después de haber cenado, y mientras continuaba arreglando sus trajes, quiso alegrarse a sí misma para olvidar la desagradable escena que la noche anterior tuviera con su padre y para ello hizo funcionar un pequeño gramófono que no había querido dejar en su casa.

Los tabiques que separaban unas y otras habitaciones eran endeble y de escaso grosor, por lo que cualquier ruido un tanto fuerte o agudo

podía percibirse claramente de una habitación a otra, así que la música reproducida por los discos se oía con impertinente claridad desde la habitación contigua a la de Jenny.

Cuando comenzó a sonar el segundo disco una voz masculina gritó desde la otra alcoba:

—¡Silencio! Haga el favor de no armar tanto barullo!

—¿Quién dice que estoy armando barullo? Estoy desempaquetando mis cosas. ¿Dónde está usted, joven chillón?

—En el cuarto de al lado—siguió contestando la voz que pocos esfuerzos tenía que hacer para ser oída—. ¡Pare ese maldito gramófono!

—¿No es usted muy amante de la música, verdad?

—A estas horas, no.

—¿Quién es usted? —continuó gritando Jenny.

—Ya lo verá cuando vaya a su habitación, si no para ese gramófono.

—¡Atrévase y verá!

—¿Qué impertinente!—aun murmuró él.

Jenny continuó haciendo funcionar el gramófono hasta que se cansó de oír música y se dispuso a dormir.

A la mañana siguiente Jenny madrugó como acostumbraba desde que

había comenzado a estudiar, y fué la primera en entrar en el cuarto de baño.

La esposa de Matías acudió a ayudar a la nueva inquilina para explicarle cómo funcionaba el calentador del gas.

—Ahora ya sabe usted cómo se maneja, ¿verdad?

—Sí; ya escarmenté una vez. No me pasará nunca más.

Temerosa, comentó Enma:

—¡Ah! Conque una vez le pasó a usted algo. ¿verdad?... Pues entonces no se preocupe. Yo misma encenderé el gas.

—Muchas gracias.

—Cuando haya terminado de arreglarse haga el favor de llevarse sus objetos de tocador, pues un joven no necesita tenerlos ante su vista.

—A propósito, ¿quién es el que duerme al lado?

—Un muchacho muy inteligente y simpático. Muy tranquilo, muy serio... Pero quiero hacerle una advertencia: procure usted no coquetear. Y referente a la limpieza general, la bañera tiene que limpiarla usted misma. Y ahora, apresúrese; los demás también quieren bañarse.

Mientras Jenny permanecía en el cuarto de baño salió al pasillo el joven que dormía en la habitación de al lado y que no era otro sino

Juan Faber, el estudiante de medicina.

Cuando Matías le vió se acercó a él y después de darle los buenos días, preguntó:

—¿Se ha fijado usted bien en la muchacha que llegó ayer?

—No. Gracias por el consejo.

—Se lo repito. Vale la pena conocerla.

—¡Matías! ¡A ver si se lo digo a su mujer!... ¿Es muy guapa?

—¿Guapa? ¡Preciosa! Pero claro, usted sólo piensa en los exámenes.

—Hágase cargo, Matías. No es que yo no quiera, pero no tengo dinero, ni tiempo, ni ocasión para ello. ¿Cree que soy un indiferente?

Matías movió la cabeza en sentido negativo y hubiese continuado la conversación a no ser porque Juan se dirigió hacia el cuarto de baño al notar que desde dentro procedían a abrir la puerta. Cuando ésta quedó abierta de par en par, Jenny y Juan se encontraron frente a frente. Pasado el primer instante de sorpresa, uno y otro se saludaron.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días... ¡Si lo hubiese sabido!

—¿Qué hubiera hecho?

—A usted se lo pregunto.

—¿No hubiese venido a esta casa?

—No hubiera tocado anoche el gramófono.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque no me gusta que me chillen.

—Perdone. Es que estoy terminando el doctorado.

—¿Ve usted? Así está mejor. ¿Por qué es siempre tan mal educado? Con amabilidad, seremos buenos amigos. Hasta luego, señor Faber.

—Hasta ahora, porque vamos por el mismo camino y no tardaré en estar listo para poder acompañarla.

Luego que hubieron desayunado, los dos estudiantes se dirigieron hacia el hospital y durante el corto trayecto se comunicaron uno a otro sus proyectos y sus ambiciones, encontrando muchos puntos de convergencia. Cuando entraron en la clase de química, eran ya dos buenos amigos que se comprenden y se estiman.

LA NOTICIA QUE JUAN NO ESPERABA

La sinceridad de Jenny y Juan iba afirmándose cada día más. Procuraban encontrarse todos los días a la salida de la pensión para así poder conversar durante el camino que conducía al hospital. Aquel día se habían retrasado esperándose mutuamente, aunque los dos ignoraban la actitud que cada uno había adoptado, y corrían, más que andaban, por la calle para llegar cuanto antes a sus respectivas clases. En medio del apresuramiento, Juan recordó un encargo que hacía tiempo le dieron y que no había cumplido.

—Jenny, hace más de una semana que el doctor Brushal me dijo que quería hablar con usted.

—Pero, Juan, ¿cómo se olvida us-

ted de esas cosas? ¿Se trata de algo importante?

—Perdone. Le aseguro que lo había olvidado por completo.

—¿Vaya!

—Con lo importante que es para usted, ¿verdad?

—Bueno. Ahora que empezábamos a llevarnos bien, sale usted con esa tontería.

Habían llegado al hospital y en la misma entrada se detuvieron para proseguir la conversación.

—Al fin y al cabo lo único que le interesa a usted es hablar con él.

—¿Yo? ¿Quién se lo ha contado? Sin duda, el profesor en persona, ¿verdad?

Como Juan negara con la cabeza, ella continuó:

—¿Ah, no? Pues por exceso de

imaginación han muerto muchos...

Se adentró hacia el interior del edificio mientras decía:

—¡El señor profesor! ¡El listo señor profesor! Lo sabe todo con exactitud.

Jenny se detuvo en mitad del pasillo del hospital para continuar su peroratoria. En su excitación había alzado tanto la voz que podían oír-la desde cualquiera de las salas próximas.

El doctor Brushal salía en aquel preciso instante del laboratorio y al comprender que Jenny se refería a él, escuchó con atención cuanto decía su antigua paciente.

—Por el estudio medicina, ¿verdad? Todas las mujeres pierden el juicio por él y le adoran silenciosamente. Desearía verle personalmente para decirle unas cuantas palabras. El profesor aun no me conoce ni sabe de lo que soy capaz.

Faber permanecía callado y sentía haber provocado el enfado de su amiga. Esta prosiguió:

—¡Eso es todo cuanto quería decirle! ¿Tiene usted algo que añadir?

Faber bajó la cabeza apenado y ella prosiguió:

—Sí, señor. Averguéncese y reflexione. Porque si no estoy dispuesta a tocar el gramófono todas las noches hasta las doce.

Advirtió entonces ella la presen-

cia de Brushal que la escuchaba callado y dirigiéndose a él exclamó:

—¡Muy bonito! ¡Me alegro que me haya oído!—y se alejó presurosa. Pero la detuvo el profesor.

—Un momento, señorita. Aun desearía oír más de lo que ha dicho. Puede continuar exponiendo sus opiniones.

—Lo lamento muchísimo, pero tengo que acudir a clase y es ya muy tarde.

Cuando Jenny se hubo alejado, Brushal preguntó a su ayudante:

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Por qué hablaba así? ¿Y a usted qué le pasa que está tan serio y preocupado?

—A mí, nada. ¿Por qué?

—Escuche, ¿y qué es lo que decía de un gramófono?

—Nada. No tiene importancia, señor profesor.

—Ande, dígamelo.

—Es que hace unos días que vivimos los dos juntos.

—¿Que viven juntos?

—Sí, por pura casualidad. Ha ido a hospedarse en casa del viejo Matías.

—¡Hum! Entonces es que se ha marchado de su casa. Esa joven empieza a hacerse misteriosa. ¿Sabe usted adónde ha ido ahora?

—A prácticas de laboratorio.

—Bien. Gracias.

El profesor parecía interesado por el cambio que advertía en Jenny y también porque la creía causante de las preocupaciones que desde hacía unos días parecían aquejar a su ayudante. Quiso indagar por curiosidad algo más acerca de la nueva vida de la caprichosa joven y se dirigió hacia el laboratorio donde hacían prácticas los estudiantes. El profesor de química le recibió con afabilidad.

—¿Qué tal, querido colega? ¿Qué es lo que trae a la alta cirugía por estos principios de la medicina?

—Hace veinte años que no he estado aquí y eso que pasé toda mi juventud entre estas cuatro paredes.

—Por Dios, Brushal, Eso lo podrá usted decir cuando tenga una hermosa barba blanca como yo.

El profesor buscaba con la mirada dónde se encontraba Jenny y por fin la descubrió en un extremo del laboratorio manipulando con unas cubetas. Señalándola, preguntó al profesor de química:

—Dígame, aquella alumna de allí, ¿ha causado muchos estragos?

—¿Entre los estudiantes, quiere usted decir?

—Eso, por descontado. No; me refería a los objetos de cristal; por ejemplo, frascos.

—No, no, no; no ha roto nada. Al contrario, es muy inteligente y muy aplicada... ¿Por qué lo pregunta?

—Ha sido paciente mía. Su caso es muy peligroso.

La presencia de Brushal en el laboratorio había crispado los nervios de Jenny, que se movía de un lado a otro insistentemente, cogiendo y dejando sin motivo justificado las cubetas con las que trabajaba. En una de estas precipitadas operaciones una de las cubetas se deslizó de sus manos y cayó al suelo, quedando hecha trizas.

Entonces fué cuando, no pudiendo soportar más la presencia del profesor, se dirigió a él, mostrándole los diminutos trocitos de cristal.

—¿Lo ve? ¡Ha sido por su culpa!

—Si yo no he hecho ni dicho nada.

—Pero ésa era su idea. Si viene a hacerme algún reproche, no lo calle. ¡Uno más no importa!

—¡Diablilla! Séame sincera. ¿Por qué estudia medicina?

—¡No será por usted!

—La verdad es que nunca lo he creído así. ¿Será quizá para demostrarme que me he equivocado al juzgarla?

—Ese fué el único motivo.

—Valentía no le falta... ¿Hacemos las paces?

—¿Tan repentinamente?... Me parece muy extraño. ¿Usted pretende algo de mí?

—Cierto. Ya que soy el responsa-

ble de que usted se encuentre entre todos estos aparatos, justo es que me interesen sus proyectos.

—¿Mis proyectos?

—Sí. ¿Tiene usted ya un plan fijo? ¿Quiere el título de médico?

—Sí.

—¿Sabe lo que tardará en obtenerlo? ¡Seis largos años!

—Es que me interesa mucho.

—Lo sé. Pero eso no es bastante.

—Además, quiero ser útil; quiero socorrer y ayudar...

El doctor inició una sonrisa al escuchar de labios de la que fué una de las más rebeldes y egoístas jóvenes que había conocido. Pero ella suplicó con seriedad:

—Por favor, no se ría.

—¡No se me había ocurrido! ¡Socorrer, ayudar!... ¡Es muy humano! Pero ¿por qué no se dedica a otra profesión menos difícil? Por ejemplo, enfermera, farmacéutica o ayudanta?

—¿Ayudanta? Eso no me gustaría tanto.

—¿No? Pero ¿es verdad que quiere ser útil o sólo pretender demostrar a determinada persona que es algo más que una mujer bonita?

—Lo que pretendo o lo que no ta de que su carácter, fácilmente irritable, iba a inducir a una respuesta un tanto descortés y antes de que ello sucediera advirtió, haciendo una transición—: Perdón, pero tengo que ir a clase de anatomía.

El profesor de química se acercó a Brushal para preguntarle intriguado:

—¿Por qué dijo antes que esa joven era un caso peligroso?

—¿Por qué? Porque se trata de un ser muy femenino, querido colega, quizá demasiado femenino. Y rara vez no trae complicaciones graves.

LA SORPRESA

EL día anterior al de los exámenes era para Faber el más agitado y al mismo tiempo el más esperanzador, especialmente éste en que debía obtener el doctorado, por lo que prefirió pasarlo en su pequeña habitación, en casa del viejo Matías, rodeado de libros que consultaba a cada momento. Poco fue lo que durmió durante aquella noche, y al día siguiente cuando Emma entró a servirle el café le encontró un tanto nervioso, pero alegre.

—Deséeme buena suerte. Hoy, a las once, me examino.

—Casi todo el café está en la cafetera.

—No, no; con envenenamiento de cafeína, estoy seguro de que fracasaría en los exámenes.

—Mi café nunca ha hecho daño a nadie—replicó Enma, ofendida—. Si le tiemblan las manos será por otra causa. Ha trabajado mucho durante esta última temporada. Debería irse al campo a descansar.

—¡Lo haré! Dentro de quince días iré a casa a ver a mi madre y le dire: «¡Ya he terminado!»

—Y ella le dirá: «¡Hijo mío, qué delgado vienes!»

—Ya engordaré en el campo. Lo importante es que he terminado la carrera por completo. Cuando vuelva trabajaré con Brushal, seré su ayudante. Así me lo ha prometido.

—Con eso tampoco engordará, ¿Y luego?

—Seguramente me casaré.

—¿Pero es de veras? ¡Y yo pen—

saba que no quería ni oír hablar de eso! ¿Quién es ella?

—Aun no lo sé.

—¡Bah! Cuando un hombre como usted dice que quiere casarse...

—¿Qué? ¿qué pasa?

—Es que ya piensa en alguien.

La buena mujer se despidió sonriendo y antes de cerrar por completo la puerta de la habitación dirigió una mirada muy significativa a Faber. Este la eludió como le fué posible y entonces recordó que debía escribir unas líneas a Jenny. Cuando las hubo escrito se dirigió hacia la habitación de su amiga e introdujo la carta por la ranura inferior de la puerta.

Dentro de la habitación de Jenny se hallaba Alberto que esperaba la llegada de aquélla. El joven quedó muy sorprendido al ver que alguien enviaba notitas a su adorada en forma tan singular y después de haber recogido el papel del suelo, abrió la puerta apresuradamente para conocer a la persona que estaba detrás de ella.

Alberto y Faber se encontraron frente a frente. Sorprendido éste por la presencia de un joven desconocido en la habitación de su compañera, le preguntó, molesto:

—¿Quién es usted?

—¿Y usted, qué desea?

—¿Y usted qué hace en esta habitación?

—Estoy esperando a una dama. Pero ¿con qué derecho?—y señalaba el papel que poco antes dejara Faber en el suelo.

—Estoy aquí al lado. Somos vecinos. ¿Y usted...?

—Por si usted lo ignora, sepa que soy su novio.

—¿Ah, sí?

Faber no quiso oír más ni continuar la conversación; se puso la chaqueta y dando un portazo se precipitó escaleras abajo, malhumorado.

En el último rellano se encontró con Jenny, que subía en aquel momento quien, ajena a lo que hacía un minuto había ocurrido arriba, le saludó sonriente:

—¡Hola! ¿Adónde va?

El respondió secamente y sin detenerse:

—A la Universidad.

Mientras subía la escalera, se preguntaba Jenny a qué podía ser debido el cambio operado en su compañero, pues acababa de demostrarle muy a las claras que estaba resentido contra ella. No lograba encontrar el motivo que justificara la brusca actitud de Faber, pero al llegar a su habitación le pareció haberlo hallado. Como la puerta se hallaba entreabierta, cedió a la débil presión

que se le hizo y Jenny vió cómo Alberto estaba enfrascado, tratando de leer al trasluz una carta en cuyo sobre adivinó la letra de Faber.

Cuando el joven se dió cuenta de la presencia de la estudiante, fué a su encuentro, mostrándose empalagoso, como de costumbre.

—¡Mi querida Jenny! Hace dos horas que te espero.

—Supongo que no te habrás aburrido si has estado curioseándolo todo, como esa carta.

—No, no me he aburrido. He puesto algunos discos en el gramófono.

—Supongo que la carta es para mí, ¿verdad?

—Sí. ¿Y quieres decirme quién es ese joven que deposita cartitas por debajo de la puerta?

—¿Es que le has visto?

—Sí. Hemos hablado y le ha sorprendido mucho saber que soy tu novio.

—¿Mi novio? ¿Te has atrevido a decirle que eres mi novio?

Alberto intentó calmarla:

—No te enfades, Jenny. ¿Qué tiene de particular? ¿Acaso no lo soy?

—No... Bueno, dame esa carta.

—Parece que no te interesa saber a qué he venido.

—Me imagino que es porque papá te lo ha dicho. Pues bien; contéstale que todo es inútil. Dile que

estoy muy bien y que no pienso volver a casa por ahora.

—Al contrario. Por él podrás morirte de asco.

—¿Qué dices?

—Verás. Esas son sus palabras. Pero en cambio yo no opino igual que él. Para mí todo eso no tiene importancia. No es más que una de tus muchas extravagancias. Y ya sabes que es lo que más me gusta de ti. Yo soy muy comprensivo, ya lo sabes. Pero comprendo que esta vez... Es decir, quisiera que me escucharas.

—Escúchame tú a mí. No me casaré nunca con un hombre que encuentra encantador cuanto hago, que me espera dos horas y que lee mis cartas. No me casaré con un hombre que no me toma en serio.

—Creo que ese joven vecino tuyo sí te toma en serio.

—No es verdad. Estoy segura de que cuanto me dice es: «No toque usted el gramófono, por lo menos durante el día de hoy».

—Entonces...

—Entonces, ya te he dicho lo que tenía que decir. Y en cuanto a lo de regresar a casa, dile a mi padre que continuó siendo una cabezota digna de él.

A medida que ella hablaba, y como fuera exaltándose por momen-

tos, Alberto había ido acercándose a la puerta, por lo que cuando terminó de decir cuanto quería, Jenny despidióle con un gesto.

Cuando quedó a solas, leyó apresuradamente la carta que le envió Faber, en la que solicitaba ser su acompañante en el baile que aquella misma noche celebraban los estudiantes con motivo del término de los exámenes. El último párrafo de la carta decía:

«Si está conforme en que pase a

recogerla a las diez, no tiene usted más que decirme: «sí».

La alegría que le produjo el contenido de la carta hizo que Jenny olvidara la desagradable visita que recibiera y hasta la actitud de su padre; ni siquiera logró preocuparla el ceño adusto que puso Faber cuando le encontró en la escalera. Contenta y satisfecha, se arregló a toda prisa para dirigirse hacia el hospital, donde estaba segura de encontrar a Juan.

LOS EXAMENES

A pesar del enfado y el nerviosismo que le produjo la noticia de que Jenny se hallaba prometida, Faber se examinó a satisfacción de los catedráticos en lo que se refería al examen oral. Había esperado ansiosamente este día y los buenos resultados que obtendría de sus estudios, pero ni ello lograba distraer su atención del comportamiento que Jenny había seguido con respecto a él.

Uno de los trabajos del examen práctico consistía en efectuar una intervención de escasa importancia y que Faber había efectuado repetidas veces. Comenzó a actuar ante el profesor que le examinaba sin que le fuera posible ocultar su nerviosismo.

Sus manos trabajaban, pero su atención estaba fija en todo cuanto se refería a Jenny. A cada minuto era más apremiante su deseo de verla y poder expresarle la opinión que le merecía. Ese continuo pensamiento le excitaba de tal forma que hacía temblar su pulso y fué la causa de que se cortara en un dedo. El doctor, que lo advirtió, se acercó a él:

—¡Cuidado! ¿Se ha cortado usted?

—No, no se preocupe. Ha sido en el guante.

—¿Por qué está tan nervioso?

—Es que se trata de un examen y...

—¡Cálmese! No tiene importancia. Y domine esos nervios, que le

conviene. Déjelo, si quiere, y exáminese en el próximo curso.

Temeroso, preguntó Faber con el rostro descompuesto:

—¿Suspendido?

—No. Pero si en el momento de la operación le pasa un accidente así... Es preciso tener mucha seguridad en el pulso, amigo, y hay que tener siempre la cabeza atenta a lo que se hace... ¿En qué estaba usted pensando?

Faber no se atrevió a contestar, pero el doctor prosiguió sonriente, pues conocía de sobra el talento y la pericia del estudiante:

—Está bien. Estoy satisfecho. Ahora póngase en la herida un poco de tintura de iodo.

—Gracias, profesor.

A su salida de la sala, encontró a Brushal que le preguntó con interés:

—¿Qué? ¿Cómo ha ido ese examen?

—Muy bien. Ahora sólo tengo cirugía con usted.

—Pues entonces estoy seguro de que conseguirá su papeleta. Por cierto, tiene usted que darme sus trabajos porque quiero repasarlos. ¿Tiene alguna duda?

—Los tengo aquí, profesor, pero los resultados no me coinciden. El aparato no va bien. Quiero insistir

porque en química creo que hay uno nuevo.

—Pues será conveniente que lo utilice... Dígame, ¿qué le ha pasado en esa mano? ¿No se lo habrá hecho operando?

—No, ni mucho menos, profesor —mintió Faber. Y para evitar toda otra pregunta, agregó mientras se alejaba—: Voy a ver el nuevo aparato!

—Escuche, Faber, ¿dónde está ella ahora?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Como tiene usted tanta prisa en ir a química.

—Se equivoca.

—¿Ah, sí? Pues ha sabido usted en seguida a quién me refería.

—Naturalmente. No debe extrañarle. ¡Ha hablado usted tanto de ella durante estos últimos días...

—¡Faber! No tergiversar las cosas, ¿eh? Si he hablado de ella, ya conoce usted mejor que nadie el motivo.

—Siento decirse que está usted en un error. Además, esa señorita ya tiene novio.

—¡Ah, vamos! Menos mal—suspiró Brushal respirando satisfecho, pues ello impediría, según su opinión, que Jenny fuera un obstáculo para la carrera de su mejor discípulo.

En cuanto Faber entró en el laboratorio a la primera persona que vió fué a Jenny, pero no quiso saludarla para demostrarle así su indiferencia y se dirigió hacia el profesor.

—Buenos días, profesor. Venía a comprobar unos resultados con el aparato nuevo.

—Perfectamente. Lo encontrará allí.

Allí era donde se encontraba Jenny al cuidado de un complicado aparato. Como viera que él se disponía a trabajar sin alzar la vista siquiera de los papeles que sostenía con una de sus manos, ella se acercó para decirle solamente:

—¡Sí!

—¿Qué quiere decir «sí»?

—Usted me ha escrito que no necesitaba decir más que «sí» para ir al baile.

—Olvide lo de la carta.

—¿Por qué?

—Le ruego que lo olvide. No es posible ir a la fiesta.

Ante la cara de asombro que puso ella al escuchar sus palabras, prosiguió él malhumorado:

—Cada día sale usted con algo nuevo. Ahora resulta que está prometida.

—¿Le es desagradable? Espere,

vuelvo en seguida.— Le volvió la espalda para atender al funcionamiento del aparato que habían dejado a su cuidado y cuando regresó al lado de Faber, le preguntó, mimosa—: Entonces ¿quiere que le devuelva la carta?

—¿Cómo? ¿No quiere que yo la acompañe al baile?

—Acabo de decirle que sí. ¿Qué más quiere que le diga?

—Usted cree que todo depende de que diga usted «sí». Pero ahora voy a decirle algo.

—Un momento...— Se dirigió hacia el aparato, dentro del que bullía una mezcla de líquidos y exclamó—: Sesenta. ¿Qué quería decirme?

—¿Cómo sesenta?

—¡Grados! Tengo que vigilar que no pase de ochenta. Dígame.

—¡Ah, nada! Pero le aseguro que no volveré a cortarme en el dedo por usted.

—¿De veras se ha cortado usted en el dedo?—preguntó ella apurada, pero al instante se dibujó en su semblante una grácil sonrisa y exclamó—: ¿Por mí? ¡Oh, qué pena!

—No se vaya usted a creer ahora...

—¡Ah, qué simpático es usted! No me creo nada y me es indiferen-

te cuanto pueda pensar de mí. Estoy ya acostumbrada. Haga lo que haga, no va usted a encontrar en todo más que defectos. Y sepa que tampoco tengo novio... Y ahora, adiós. Agradezco mucho su invitación, ha sido usted muy galante y yo la aceptaba gustosa.

Faber corrió detrás de ella, pues acababa de abandonar el laboratorio con precipitación, y la detuvo en el corredor.

—Siento que se haya molestado. Dígame: ¿entonces aquel joven no era su novio?

—Ya le he dicho que no.

—¿Quiere que hagamos las paces?

—No se lo merece.

—Pasaré a recogerla a las diez, ¿le parece? Aunque le advierto que yo no sé bailar.

—No se preocupe por éllo. A pesar de todo nos divertiremos.

—Entonces hasta luego.

Durante la hora de la comida, Jenny se interesó por el resultado de los exámenes de su joven amigo y entre los dos volvió a reinar la antigua amistad que se quebrara a causa de la visita de Alberto.

Por la tarde, Jenny abandonó el hospital mucho antes de la hora acostumbrada y se dirigió apresuradamente a casa del viejo Matías para

acicalarse para la fiesta y aumentar su belleza gracias a algunos secretos de tocador. Cuando Faber entró en la habitación para recordarle que era tarde y que ya habría comenzado al baile, quedó suspenso unos instantes contemplándola atónito. Y es que en verdad, Jenny estaba bellísima.

Una vez en la fiesta, Jenny intentó hacer bailar a su amigo, pero a pesar de sus esfuerzos, éste no consiguió dar dos pasos seguidos. Aunque no por ello se preocuparon, antes al contrario, parecían disfrutar como nadie. Y es que para sentirse dichosos les bastaba con estar juntos.

Faber contemplaba con tanta admiración a su compañera que hasta se olvidaba de la herida que se produjera durante aquella mañana y que le molestaba bastante a pesar de que nada decía. Sentado frente a Jenny y luego de contemplarla unos instantes, no pudo resistir por más tiempo el decirle lo que sentía en aquel momento.

—¡Qué preciosa está usted esta noche con este vestido! ¡Y pensar que soy yo el que está aquí, a su lado!

—Esta mañana ha estado tan poco atento conmigo que casi no lo

merece. Pero si lo dice tan sólo por el vestido...

—No, no. No me interprete usted de ese modo. Con el delantal blanco está usted mejor.

—Lo que es para expresarse con muchos cumplidos no nació usted. Gritar le es más fácil.

—Yo creo que ahora ya no podría.

—¡Lo siento! Ya me había acostumbrado.

—¿Y cuándo no tenía razón? Entonces debía usted enfadarse doblemente.

—Es que muchas veces tenía usted razón.

—La verdad es que usted tampoco callaba.

—Somos un par de testarudos terribles, ¿verdad? Preferimos mordernos la lengua antes que...

—Escuche, Jenny. Tengo tantas cosas que decirle...

—¿Sí?

Inoportunos y atraídos por la belleza de Jenny, dos estudiantes se acercaron a la mesa con intención de bailar con ella.

—¿Me permite, señorita?

—¡Perdón! Yo estaba primero—protestó el segundo estudiante.

—¡Cómo! ¡Haz el favor de desaparecer pronto!

—El que tiene que desaparecer eres tú.

—Los de más edad tenemos más éxito.

—¿Quieres callarte de una vez?

—Te lo aconsejo: ¡vete!

A pesar de la discusión, no cedió ni el uno ni el otro y a coro volvieron a preguntar:

—¿Me permite, señorita?

—¿No será mejor que antes se pongan de acuerdo?—preguntó ella.

—Agradeceré a tan bella discípula que sea nuestro juez—sugirió uno.

—Magnífica idea — accedió el otro—. Con tal de ser yo el primero, acepto con mucho gusto.

En vista de que el asunto no tenía trazas de terminarse por las buenas, Jenny se apoyó en el brazo de Faber al mismo tiempo que le decía:

—¿Vamos?

Y salieron hacia la pista dispuestos a bailar, o por lo menos así lo creían ellos, mientras los dos estudiantes proseguían cada vez más acaloradamente la discusión.

El doctor Brushal que se hallaba en una mesa en compañía del profesor de química, señaló a la juvenil pareja mientras comentaba:

Mire, mire a mi ayudante. Allí está bailando o tratando de bailar.

Lo que puede hacer el talento de una mujer bonita!

—¿No es ése su caso difícil?

—Ni más ni menos. Pero un buen cirujano nunca debe titubear al operar... y cuanto más difícil es el caso, más afilado el bisturí.

Brushal había preconcebido un plan para separar a Jenny de su ayudante, pues estaba dispuesto a que éste llegara a ser un gran cirujano y para ello, él mejor que nadie sabía que era preciso dedicarse por entero al trabajo, sin que otras preocupaciones de orden sentimental se interpusieran en la impropia labor. Para lograr lo que se había propuesto contaba con el talento y la comprensión de Jenny; así que se acercó a ellos y ante la sorpresa de ambos separó a Faber de su pareja y puso a bailar con ella, al mismo tiempo que se excusaba:

—Con permiso, mi querido colega. Perdón.

—Pero, profesor — exclamó Jenny —. Podía haber esperado.

—¿A que fuera más tarde? ¡Ni pensarlo! Aun no he bailado con usted en toda la noche — Dirigiéndose a Faber, le reconvino sonriendo —: ¡Faber! La tentación es muy grande, pero ¿dónde están sus buenos propósitos? Además, tenga en cuenta que la señorita está ya pro-

metida. — Y se alejó dando vueltas al compás de la música.

—¿Quién le ha dicho que yo estoy prometida? ¡Eso no es verdad!

—¿Ah, no?

—¿Por qué lo dijo delante de él? ¿Y qué tengo que ver yo con sus buenos propósitos? No está bien lo que ha hecho. Obligarme a dejarle así. El me había acompañado a la fiesta.

—¡Ah, cuántas novedades! ¡Lo celebraremos! — Rodeó su brazo y la condujo hasta el aparador —. ¡Vamos a brindar por el primer diagnóstico falso de mi vida!

—¿Cuál?

—¡Usted, mi encantadora y bella señorita!

—Entonces, encantada. ¡Brindemos!

—A no ser que vuelva a cometer otra equivocación, lo que no espero ni quiero tampoco. ¿Sabe usted que su cara me recuerda a otra persona?

—¿Ah, sí?

—De eso hace ya mucho tiempo. Ocurrió hace veinte años. Yo era joven, tanto como Juan Faber. Es un muchacho muy inteligente que promete muchísimo y en el que tengo puestas todas mis esperanzas...

Jenny comenzó a interesarse por las palabras del doctor, que le parecían ocultar un doble sentido.

—Como él, habla terminado yo mi carrera y me esperaban largos años de lucha; y también como él, me enamoré en un baile que dió la Facultad. Pero mi carrera me obligaba a que renunciara al amor, y lo hice. Hubiera podido aceptar el amor y la dicha que me ofrecía la vida, si no existiera para nosotros algo más fuerte: ¡el trabajo, el deber!

Jenny había comprendido la intención de Brushal y escuchaba callada.

—En una noche como ésta hice mi primera operación grave: un corte hondo y agudo. Fué un poco dolorosa, sin embargo...

—Con sinceridad, doctor: ¿ha sido usted feliz?

—¿Feliz? Sí. He podido llegar a ser lo que soy.

—¿Y qué fué de ella?

—Ella me ayudó.

—¿Le ayudó?

—Sí. Con su gran comprensión. Se parecía a usted.

—Si se parecía a mí, profesor, temo que haya vuelto a equivocarse. Disculpeme.

El Doctor la vió alejarse, convencido de la inutilidad de su peroratoria.

Cuando Jenny volvió a su mesa se encontró con la desagradable

sorpresa de que su amigo se había marchado. Indagó si le habían visto salir y el camarero le respondió en tono afirmativo.

Conoció a Faber y le creía incapaz de tal comportamiento, por lo que se dirigió presurosa hacia la pensión, donde le encontró tendido en la cama, sudoroso y con los ojos relucientes por la fiebre. Acercándose a él preguntó preocupada:

—¿Qué tiene? ¿Por qué no me ha dicho nada?

—¿Estaba usted tan entretenida? ¿Por qué no se ha quedado?

—¿Tiene usted fiebre?

—Sí, ya lo sé.

—¿Marcharse sin decirme nada? No debería perdonárselo.

—Creí que no lo notaría.

Jenny inspeccionó la herida que Juan se hiciera en el dedo y le recriminó:

—¿Y así va usted al baile?

—Fué un corte sin importancia. Estaba casi curado. He hecho mal en bailar. Luego, el champaña... ¡Esto tenía que ocurrirme a mí y precisamente ahora!

—Pero... ¿si usted tiene...!

—¡No diga una palabra a nadie!... ¡A nadie! ¿Me lo promete usted?

—Sí, pero...

—No tengo tiempo para ir a la

clínica. Tengo que doctorarme... Me falta el examen con Brushal. La fiebre bajará; no se preocupe. Estoy un poco mejor. Retírese a descansar. ¡Váyase, se lo suplico!

Jenny se dirigió hacia su habitación mientras murmuraba para sí:

—¡Infección de la sangre! ¡Eso ya lo he estudiado, pero en este momento no puedo acordarme de nada!

Entró de nuevo en la habitación de Faber y, a pesar de que éste insistió en que se marchara, esta vez se negó a ello. A los pocos segundos, Faber deliraba en voz alta.

Desde su habitación, Enma oyó un rumor de voces que le pareció como un cuchicheo entre los dos jóvenes. Se levantó presurosa y acudió a la habitación de Juan, cuya puerta se hallaba entreabierta. Se indignó al ver allí a Jenny.

—¡Ya la sorprendí! ¿No le dije a usted que aquí no quería...?

—¿Está usted equivocada! El señor Faber tiene mucha fiebre.

—¿Qué? ¿Y no me ha llamado en seguida? ¡Matías, levántate inmediatamente!

Matías fué en busca del doctor Brushal y cuando éste llegó, quedó muy sorprendido por la escena que se presentó ante su vista. Preguntó a Jenny:

—¿Le ha reconocido usted?

—No.

—¿Tiene temperatura?

—Sí. Treinta y nueve con ocho.

—¿Se ha lucido! ¡Lo importante era bailar! ¿Hay agua hirviendo?

—La han puesto en el fuego cuando salieron a buscarle a usted.

—Pues entonces, hiervan este instrumental.

—¿Tiene que operar?—demandó Jenny asustada.

—Sí.

Cuando al poco rato devolvieron al doctor el instrumental que había ordenado hirvieran, se acercó a la cama y se dispuso a efectuar una pequeña intervención. Al darse cuenta del rostro descompuesto y apenado de Jenny, sugirió:

—¿No será mejor que salga?

—No, gracias. Puedo asistir a la operación. Le ayudaré en lo que sea. Ahora ya no me desmayo... Doctor, ¿usted cree que podrá examinarse?

—Los exámenes se perjudicarán con esto. No domina su mano y quiere ponerla sobre otros.

—¿Es usted injusto!

—¿Ah, sí? ¿Sabe usted a qué me refiero? A que esto le ha sucedido por tener la cabeza en otras cosas. ¡Frote ahí con el alcohol!

Al poco rato, Faber entreabría los ojos y murmuraba:

—Señor profesor...

—¿Qué hay, querido ayudante? Se encuentra mejor, ¿verdad?

—Profesor, yo...

—¡Cállese! Es mejor que aguante y aprenda cómo se hacen estas cosas.

Miró significativamente a Jenny al mismo tiempo que pedía:

—¡El bisturi! Es indispensable en algunos casos.

DESENLACE

GRACIAS a la oportuna intervención de su profesor, Faber no tardó en reponerse y pudo asistir al último examen de Cirugía que debía efectuar con el propio Brushal.

Ya más tranquilo y casi seguro del cariño de Jenny, el estudiante efectuó las prácticas que requería el examen con tal precisión y serenidad que le valió los plácemes y felicitaciones de algunos doctores que las presenciaron, y en particular las de su Profesor.

—¡Un magnífico trabajo! Felicito de corazón al nuevo Doctor... Ahora, a trabajar con entusiasmo. Su único afán ha de ser convertirse en un buen cirujano. ¡Mucha suerte!

—Gracias, doctor Brushal. Tra-

bajando bajo su dirección no me será difícil.

—Es que, Faber, usted no queda de practicante mío. Yo le explicaré. Le he recomendado al Hospital de Buenos Aires, ¿comprende? Escriben pidiendo un médico joven. La demanda se pondrá hoy en la pizarra. Como amigo le voy a dar a usted un buen consejo: acepte la colocación. El barco sale el primero de octubre. Tiene, pues, cuatro semanas de tiempo para descansar en casa de su madre.

Como Faber hubiera quedado un tanto pensativo y desanimado, prosiguió el profesor:

—Le hablo así porque le aprecio. Sé que esa mujer no es para usted; es extremadamente ambiciosa y posee un carácter muy particular.

—Pero señor profesor...

—Le esperan muchos años de sacrificio. Hoy quizá le parezca romántico, pero tiene usted que pensar en mañana. Es asunto de su incumbencia, pero de cirujano a cirujano: si tuviera que operar a una enferma de cáncer, por ejemplo, ¿esperaría a que no hubiera remedio? No, ¿verdad? ¡Operaría y en paz! Pues hágalo por su profesión y le aseguro que no se arrepentirá.

—Gracias, señor profesor.

Se alejó de la Facultad preocupado y pensativo. El doctor tenía razón. Sería muy doloroso renunciar al cariño de Jenny, pero era necesario. Además, ¿qué convencimiento podía tener él de que ella le quisiera? No existían más que suposiciones suyas, pues aunque los ojos de Jenny parecían decir lo que sus labios callaban, nunca escuchó de ellos una palabra alentadora que le confirmara el sincero sentimiento que creía haber inspirado a su joven compañera. Luego de haber llegado a distintas conclusiones, comprendió que el doctor tenía razón y era necesario seguir sus consejos.

Cuando llegó a casa del viejo Matías, subió las escaleras con sigilo para evitar que Jenny le oyera y tener que exponerle la causa de sus preocupaciones; pero en cuanto en-

tró en su habitación se encontró con la sorpresa de que Julio, el esqueleto que poseía Jenny, le esperaba en la entrada, y tras él se hallaba parapetada su dueña, quien habló:

—¡Damos la enhorabuena al nuevo doctor! Me llamo Julio y soy un esqueleto. Jenny me ha hecho venir aquí y quiere que yo le acompañe siempre para que piense usted en ella, pues yo fui hasta ahora su mejor amigo.

—¿Quiere usted regalarme a Julio, Jenny?

—Claro. Los huesos ya los he estudiado bien y en sus prácticas puede usted necesitarlos.

—¡Es usted una niña! ¿Cómo se imagina una práctica? No es tan sencilla. Se necesita tiempo, dinero.

—¿Algo más? Yo no conseguiré llegar tan lejos.

—No se desanime. ¡No es usted tan tonta!

—¡Ya lo creo... y mucho! Todo en mí es vanidad. Y soy cobarde, además.

—Cuando me operaron fué usted valiente.

—Sí, pero entonces era distinto porque yo tenía la culpa.

—Estaba obsesionado por usted.

—Sí, pero... no había necesidad de que se cortara en un dedo.

—Me acordaré de usted siempre. Lo sé y usted también lo sabe.

—Entonces, ¿siempre será culpable si le ocurre algo malo?

—Sí, no lo dude. Usted es la causa de que esté aquí y vaya olvidándolo todo, incluso mis deberes.

Apareció Enma en la puerta y les reconvinó:

—¡Vamos, jovencitos! ¿Qué es esto? Mejor sería que se fueran a dormir de una vez.

—Es que, señora Enma...

—¡No, no! No quiero historias. ¡Ahora, a dormir! Es demasiado tarde. Ya hablarán mañana.

Obedecieron los jóvenes y cuando los hubo dejado a cada uno en su habitación, suspiró mientras bajaba las escaleras:

—¡Qué bello es el amor!

A pesar de hallarse separados por el tabique, la fragilidad de éste les permitía comunicarse en voz alta, por lo que Jenny preguntó:

—¿Está usted suspirando?

—Y usted, ¿está despierta?

—Usted también lo está.

—No puedo dormir.

—¿Y usted cree que yo puedo?

Muy quedo y con voz casi imperceptible, murmuró él:

—¡Jenny!

Al mismo tiempo que ella se atrevía a susurrar:

—¡Juan!

A un tiempo, preguntaron ambos:

—¿Ha dicho usted algo?

—No, no; nada. ¡Buenas noches!

—mintió él.

—Que descanse.

El resto de la noche lo pasaron los dos casi en vela, pero ni uno ni otro se atrevía a ceder. Él, porque recordaba los consejos de Brushal y luchaba entre ponerlos en práctica o aceptar la felicidad que el amor le brindaba. Y ella, porque discutió un plan que puso en práctica en cuanto se levantó muy de mañana.

Se dirigió hacia la casa de su padre y le expuso la situación, declarando que había decidido casarse y tenía intención de dedicar su dote para que Juan pudiera con ella hacer sus prácticas quirúrgicas. A requerimiento de su hija, Gerardo Worsit dejó por unas horas sus importantes negocios para acompañarla a casa del viejo Matías, donde le presentaría a su futuro marido.

Ella subía las escaleras con apresuramiento, gozosa por la sorpresa que preparaba a su amigo; pero Worsit, a quien los años impedían seguir la carrera que había emprendido su hija, murmuraba:

—¡Cuatro pisos y ni un mal as-

censor? ¡Un amor demasiado romántico en mi opinión!

—Al contrario. Completamente razonado. Lo he pensado todo muy bien.

—Por de pronto, siento una gran curiosidad por conocer al hombre que ha sido capaz de decidir a mi hija a disponer su herencia en esta forma.

—El aun no sabe nada de eso. Y ten en cuenta que el mejor modo de emplear ese dinero es en sus prácticas quirúrgicas.

En la habitación de Faber encontraron a Enma que estaba arreglando la cama. Jenny preguntó sorprendida:

—¿Dónde está el señor Faber?

—No está. Se fué de viaje. Ha salido esta madrugada.

—Pero ¿adónde ha ido?

—¿No irá usted a seguirle?

Worlist se lamentó:

—¡Hija mía, si todas tus conquistas son como ésta! ¿Por qué has dejado que se te escapara?

Encima de la mesita había una carta dirigida a Jenny y ésta la abrió silenciosamente, sin responder siquiera a la pregunta que su padre le hacía. Cuando hubo roto el sobre leyó en voz alta:

—«Te escribo estas líneas para decirte adiós, Jenny. Comprende que

si volviera a verte, ya no podría dejarte. ¡Te quiero! Estaba seguro de que si te lo pedía hubieras accedido a venir conmigo, pero no he querido hacerlo. No puedo ni quiero sujetarte a una vida que en los años venideros ha de ser muy dura. No tengo ningún derecho para ellos».

Enma, que había escuchado la lectura del billete, exclamó con los ojos anegados en lágrimas:

—¡Qué palabras tan bonitas!

Worlist se acercó a su hija:

—Te seré sincero. Me gusta mucho ese joven.

Matías, que había acudido poco antes de la lectura de la carta, intervino:

—¿No pensará usted seguirle, verdad, señorita?

—¿Seguirle? ¡Voy a decirle lo que pienso! Marcharse lo hace cualquiera; eso es lo más fácil. Está convencido de que yo hubiera aceptado, pero teme que me asuste la lucha y eso es lo que no comprendo. Me he esforzado en ser una mujer útil de algún modo y cuando al fin ya lo había logrado, él me deja, en la creencia de que no sirvo para luchar a su lado...

Matías asentía con la cabeza.

—¿Cómo puedo demostrarle que yo ya no soy la misma de antes, si él no quiere darme ocasión?

—Sí, señorita; no sé qué aconsejarle. Eso depende de usted. Sin embargo, me parece que debería hacer lo que el corazón le dictara. El nos manda y nos rige. ¡Pero eso es pura filosofía!

Jenny se despidió de su padre y de los dos viejecitos para dirigirse a toda prisa hacia el Hospital. No es que tuviese una idea fija de lo que debía hacer, pero estaba dispuesta a hablar con Brushal.

RUMBO A LA FELICIDAD

CUANDO se dirigía hacia el despacho del profesor, se detuvo inconscientemente en el vestíbulo y leyó distraídamente un aviso colocado en la tablilla.

Sin duda era aquél del que había hablado Brushal a su joven ayudante. Su lectura le aclaró el resto de la carta de Juan que no había leído en voz alta. Entonces se dió cuenta de que fué Faber quien había solicitado el puesto en Buenos Aires. Se le ocurrió una idea repentinamente y, como de costumbre, quiso ponerla en práctica al momento. Se dirigió hacia la sala donde le dijeron se hallaba el doctor Brushal y sorprendió a éste, exponiéndole que esperaba de él la preparación para lograr el título de ayudante.

—Pero—preguntaba sorprendido

el profesor—¿quiere usted ser ayudante?

—El laboratorio me ha gustado muchísimo siempre, señor profesor. ¿Se sorprende usted? Una vez me preguntó qué prefería ser.

—Pero si mal no recuerdo tenía usted otras aspiraciones. ¿no es cierto?

—Entonces, sí. Pero es que yo no sabía lo que quería.

—¿Y ahora lo sabe usted? ¿Cómo es eso?

—Es que podría ser que yo tuviera oportunidad de casarme algún día.

—Bien, ¿y qué?

—No tendría nada de extraño que fuese con un doctor y de ese modo no sería para él un estorbo... como usted cree.

Brushal comenzaba a comprender y sonreía.

—¿Podría prepararme para el primero de octubre, aunque tenga que apretar de firme?

—¿Para el primero de octubre? ¿Por qué tanta prisa?

—El barco sale en esa fecha y yo quisiera aceptar el empleo que ofrecen.

—Es y será una mujer completamente imposible. ¡Es una cabecita dura! Ya lo advertí cuando la operé. Le confieso que me ha vencido. Aprenderá conmigo y ya me encargaré yo de espabilarla. Y pobre de usted si para ese día no es una buena ayudante práctica, la más perfecta que haya salido de mis laboratorios.

Las cuatro semanas que se sucedieron fueron de locura. Pocas eran las horas que dormía Jenny, aplicaba siempre en sus estudios.

El doctor Brushal se mostraba satisfecho de los adelantos que se advertían en su alumna, aunque callaba los elogios que la mayoría de las veces hubiese hecho con el mayor gusto. Por el contrario, cada día exigía más y más a la aplicada alumna, que estaba dispuesta a conseguir lo que se había propuesto.

Y como era de suponer Jenny consiguió el título de practicante. Hubiera sido la primera vez que la chi-

quilla se proponía una cosa y no la lograba.

Faber pasó aquellas cuatro semanas, que para Jenny fueron de trabajo constante, descansando en el campo al lado de su madre. Temeroso de hallarse con su antigua compañera y de que su presencia le hiciera desistir de sus buenos propósitos, llegó a la ciudad el mismo día en que debía embarcar para Buenos Aires y para despedirse del doctor Brushal se dirigió a su casa particular. No quería volver al Hospital, pues de haber encontrado a Jenny, la separación hubiera sido demasiado dolorosa.

Una vez en el muelle, Faber subió a bordo uno de los primeros y se colocó en un sitio a propósito para poder saludar a su madre desde el buque.

No tardó en llegar Jenny acompañada de su padre, al que casi podría decirse que arrastró hasta cubierta, en busca de Faber. Worist protestaba, pero ella razonó:

—¿No comprendes que debes conocerle?

—¿Y para eso tengo que irme también a Sudamérica?

Un oficial se pasaba por cubierta advirtiéndolo:

—¡Pasajeros a bordo! ¡Pasajeros a bordo!

—No te muevas de aquí—ordenó

Jenny—. Voy a ver si le encuentro.

El oficial que poco antes anunciara la subida a bordo, le advirtió:

—Señor, tendrá usted que bajar.

—Pero, hombre, ¿y mi hija? ¡Ni siquiera me he despedido de ella!

—Lo siento. El barco sale en seguida.

Mientras el buen hombre se dirigía a tierra, exclamaba exasperado:

—¡Yo voy a volverme loco!

En tanto, los dos jóvenes se cruzaron a bordo.

—¡Juan!

—¡Jenny!

—Por fin te he encontrado.

—El barco está saliendo. Tienes que bajar a tierra.— Se acercó a un oficial y le advirtió:— Esta señorita tiene que bajar.

—Pues será en el Brasil. Dígaselo usted al capitán.

—¡Vamos, Jenny, vamos a decirselo al capitán!

—Para que me tire al mar, ¿eh?

—¡No querrás venir a la Argentina!

—Si tú no te opones, sí.

—¡No!

—Pues voy contigo. Aunque me digas mil veces que no.— Se apoyó en su brazo y le condujo hasta la barandilla, para decirle:— Voy a presentarte a mi padre... Mira... Allí está... Es el que agita el pañuelo y está al lado de una señora que parece que está llorando.

—Sí, ya te veo. Está al lado de mi madre.

—¿Tu madre?

—Sí.

—Entonces yo te presento a mi padre.

—Y yo a mi madre.

—Saluda.— Hizo una transición y ordenó, mimosa:— Ahora tienes que abrazarme. ¡Si no qué pensará mi padre de ti!

La timidez de Juan se derrumbó ante la súplica de ella y rodeó el diminuto y grácil cuerpo de Jenny en un abrazo suave y acariciador.

Ella sonreía, feliz. Como de costumbre, había conseguido lo que se había propuesto.

En verdad que, como hubiera dicho el doctor Brushal de haber estado allí, ¡Jenny era un caso imposible!

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Méctur Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detectiva y compañeros	Zasu Pitts
Señorita un desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Naji
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
Maria Rona	Paula Westphal
Pesada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühmann

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barchon
¡Eh mi hijo!	Lil Dagover
La última avanzado	Carv Grant
Vacaciones juea Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos piletas	Jacques Tavel
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Elsa Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Alberque nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Ludy Kelly
Acusado	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas

Imperio Argentina Estrellita Castro Alfredo Mayo Manuel Luna
Miguel Ligeró Melvyn Douglas Antonio Vico

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falta	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arles
Rincencito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Bayera
La canción de Aixa	J. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gorgallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Melodía de arrabal	J. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligeró
Martingala	Juan de Orduña
Rápteme usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
¡ai-ai-ai!	Maruchi Fresno
¿Quién me compra un lío?	Ines de Val
Alas de pos	Maruja Tomás
	Lora de Valois

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

SERIE ALFA

2'50 Ptas

Carmen, la de Triana	J. Argentina
El sobre sacro	L. Gorgallo
La Dolorosa	Rosita Díez
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo/Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parralz	Maruja Tomás
La Petenora	Juan Montory
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Modina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 50 ets.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NISA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Alba)
JUANITO VALDEHERRAMA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Precio: 75 ets.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA, CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN», (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO, JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA, JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO, JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO, CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO, JAZZ-HOT

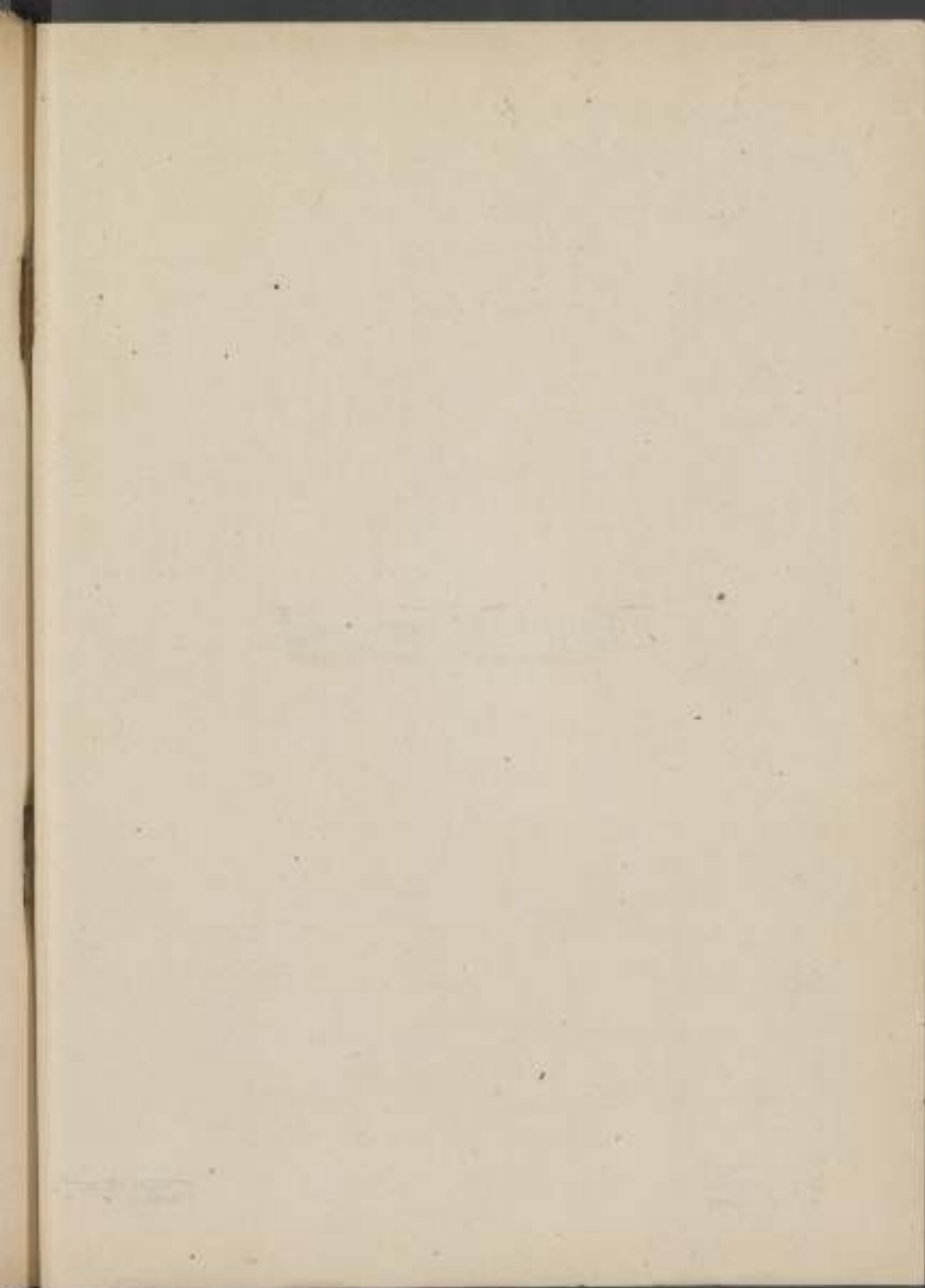
ORQUESTA ESPARA - JAZZ
GOZALBO-LLORENS - MEJICANAS
FRANCISCO BOLDU - JAZZ
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA

Pedidos a



Departado 707

BARCELONA





2.⁵⁰ ptas.

